



William Shakespeare

# **El rey Ricardo II**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**William Shakespeare**

# **El rey Ricardo II**

Tragedia

Prólogo

Algo sobre Shakespeare

Nada de mayor obscuridad que la vida de Shakespeare. Uno de sus más calificados comentaristas, Enrique Steevens, escribe a este propósito: «Todo lo que se sabe con cierto grado de certidumbre acerca de Shakespeare es que nació en Stratford-upon-Avon; que allí se casó y tuvo hijos; que fue a Londres, donde comenzó su carrera siendo actor y donde luego escribió poemas y obras dramáticas; que volvió a Stratford y que allí hizo testamento, murió y recibió sepultura.»

Aunque algo más ha descubierto la paciente crítica -aparte las anécdotas de muy dudosa autenticidad-, es evidente que poseemos mejores referencias de muchos escritores del paganismo (Séneca, Sófocles, Cicerón) que del prodigioso William, contemporáneo de Cervantes, Lope de Vega y Corneille.

Fue bautizado el 26 de abril (calendario antiguo) de 1564. Hijo tercero de María Arden y de Juan Shakespeare, comerciante en lanas al decir de unos, carnicero según otros, y lo más probable tratante y medio arrendatario, que a veces llegó a ocupar [6] desahogada posición e importantes cargos en el Municipio. María descendía de los Arden de Wellincote, familia de abolengo en el condado de Warwick. Guillermo tuvo ocho hermanos, el último de los cuales, Edmundo, figuró en Londres como actor con nuestro poeta.

La educación recibida por William en el colegio de su pequeña villa natal fue algo descuidada, a lo que parece. Su amigo y compañero el gran dramático Ben Jonson escribe que «sabía poco latín y menos griego». Sin embargo, otros maestros y otras enseñanzas debieron de ejercer una influencia poderosa en su espíritu juvenil, sin contar sus facultades de asimilación. Sobre las impresiones que pudo recoger de la Naturaleza en su mocedad, se expresa así un biógrafo: «Crecía y desarrollábase en el condado de Warwick, el corazón de Inglaterra, como lo denomina Drayton, donde abundan los grandes recuerdos históricos, donde los siglos han dejado los nobles testimonios de las glorias y los dramas de otras épocas, los castillos de Warwick y de Kenilworth, donde la antigua población de Coventry prolongaba hasta bien entrado el siglo XVI la tradición de los dramas religiosos y populares de la Edad Media, donde, en fin, los campos, los bosques, las colinas y los ríos despliegan, quizá más que otros, las gracias discretas y el encanto íntimo, que dan en Inglaterra a la Naturaleza un carácter de penetrante poesía.»

Sea lo que fuere, cuando el niño contaba trece o catorce años, la fortuna paternal declinó con rapidez. La leyenda nos le muestra ejerciendo, para sustentarse, [7] la profesión de maestro de escuela y después, o conjuntamente, la de pagante de abogado.

No bien cumplidos los diez y nueve años, en 1582, se desposa con Ana Hathaway, de la aldea de Shottery, en las cercanías de Stratford. Una cláusula de contrato matrimonial -rara cláusula por cierto- estipula que Guillermo y Ana contraerán matrimonio sin más que una amonestación y siempre con la anuencia de los amigos de la novia. Ana tenía veinticinco años. Fruto de este enlace fueron tres hijos: Susana, bautizada en 4 de mayo de 1583, y Hamnet y Judit, gemelos, que recibieron aguas bautismales en 24 de febrero de 1584-85. Hamnet murió de doce años, en 1596.

¿Fue feliz Shakespeare en su matrimonio? Probablemente no. A los cuatro o cinco años, en 1586 u 87, abandona a su mujer y con ella a Stratford, pasando a Londres, donde comienza su carrera dramática. Sobre esta determinación hay infinidad de juicios a cual más contradictorios.

Nicolás Rowe, (1673-1718), primer biógrafo del poeta, la atribuye a lo siguiente: «Por desgracia -escribe- demasiado frecuente en los jóvenes, Shakespeare se dio a malas compañías, y algunos que robaban ciervos lo indujeron más de una vez a robarlos en un parque perteneciente a sir Thomas Lucy, de Charleeste, cerca de Stratford. En consecuencia, este caballero procesó a Shakespeare, quien para vengarse escribió una sátira contra él. Este, acaso, primer ensayo de su musa resultó tan agresivo, que el caballero redobló su persecución en tales términos que obligó a Shakespeare [8] a dejar sus negocios y su familia y a refugiarse en Londres. De otros papeles antiguos parece cobrar robustez la afirmación de Rowe, si no en todas sus partes, a lo menos en esencia, y un pasaje de Las alegres comadres de Windsor no da lugar a dudas sobre la ojeriza entre William y aquel miembro del Parlamento inglés. Por ende, en los manuscritos de Fulman, anticuario del siglo XVII, se halló, entre otras cosas: «Él [Shakespeare] era muy dado a todo género de malicias: robaba ciervos y conejos, particularmente a sir Lucy, quien en muchas ocasiones lo hizo azotar y a veces prender, hasta que le obligó a abandonar su pueblo natal, no sin gran ventaja para el mismo Shakespeare.»

Aunque algo exagerada esta referencia, el hecho de coincidir con las anteriores y con otra recogida por Oldys (1687-1761), entre gentes del pueblo, hacen incuestionable la afirmación de Rowe.

Llegado el poeta a Londres, la leyenda nos le pinta ahora teniendo a la puerta de los teatros los caballos de los caballeros durante la representación, especie vertida por Teófilo Cibber (1703-1758), aunque sin ningún fundamento serio, como toda la crítica moderna ha reconocido. Un lustro transcurre sin que haya rastros de su estancia en Londres; la leyenda torna a inmiscuirse en sus pasos, haciéndole actor de los asociados de Black-Friars, luego de pasar por el humilde oficio de traspunte, criado entonces del consueta. Sin duda ha empleado este tiempo en estudiar los secretos de su arte. Inicia su carrera de triunfos refundiendo composiciones ajenas. En 1592 [9] es ya actor y poeta de renombre. Un brillante escritor de aquellos días, Roberto Greene, muerto a la edad de treinta años, deja

una obra póstuma, Greene's Groatsworth of wit bought with a Million of Repentance, en la que se halla una evidente alusión a nuestro poeta. There is -dice- an upstart Crow, beautified with our feathers (hay un grajo advenedizo adornado con vuestras plumas), that with is tyger's heart wrapt in a player's hide (que con su corazón de tigre bajo piel de cómico), supposes he is as well able to bumbast out a blank verse as the best of you: and... is in his owne conceit the only Shake-scene in a country (... y es, para calificarle con propiedad, el único Revuelve-escenas del reino.) Adviértese bien el juego de palabras entre Shake-scene (agita o revuelve-escenas) y Shake-speare (agita o blande-lanza), apellido del joven actor. Este, que se vio de tal modo atacado, pareció picarse de las injurias, y tres años después, en 1592, Enrique Chettle, ejecutor testamentario de Greene, que en calidad de tal había publicado la obra, sacó a luz un breve folleto, donde ofrece a Shakespeare las más amplias excusas y rinde homenaje en términos enfáticos a su cortesía, a su excelencia en la profesión, a su rectitud y a su talento literario. En 1593 y 1594 aparecen, respectivamente, sus dos poemas Venus y Adonis y La violación de Lucrecia, dedicados al joven Enrique Wriothesly, conde de Southampton y barón de Tichfield, personaje de gran relieve en la época, con quien William llega a tener una intimidad profunda, base indudable del desahogo con que a [10] partir de entonces se desenvuelve su vida. A raíz de la publicación de la primera de estas obras entra en la compañía del lord Chambelán y representa ante la reina Isabel en las fiestas de Navidad. En seguida comienzan a sucederse sus comedias y dramas; mejora notablemente de fortuna y adquiere propiedades en su pueblo de origen, al que realiza varios viajes anualmente. En mayo de 1602 posesiónase, por trescientas veinte libras, de ciento siete acres de tierra arable en la parroquia de Stratford el Viejo; en septiembre siguiente un Cotagium cum pertinentiis en Walker's Street; en 1605 quédase con la mitad del arriendo de los diezmos chicos y grandes de Stratford, Stratford el Viejo, Bishopton y Welcombe, desembolsando cuatrocientas libras, cantidad considerable para la época. En fin, en 1612 adquiere una casa en Londres, cerca del aludido teatro de Black-Friars, en la suma de ciento cuarenta libras, sin contar la que en sesenta había pasado a su poder en «New Place» de Stratford en 1597, esto es, a los once años de arribar a Londres.

Parece que las últimas obras que escribió fueron La tempestad y el Enrique VIII. Desconócese la fecha en que dejó de representar. En 1603, al advenimiento al trono de Jacobo I, consta que actuó en el Seyano del arriba citado Ben Jonson. En 1607 casa a su hija mayor, Susana, con un conocido médico de Stratford; el mismo año, en 31 de diciembre, pierde en Londres a su hermano Edmundo, actor también, como dijimos. En 1609 aparecen los Sonetos, expresión poética del afecto de William por [11] Wricthesly. En 1611 retírase a Stratford, abandonando la capital. En 1613 fallece su hermano Ricardo. En 1614 visita Londres, a mediados de año, para cierto asunto sobre unas acotaciones que podían perjudicar a sus propiedades. En 10 de febrero de 1616 casa a Judit con Tomás Quincy, tratante en vinos de Stratford; el 25 de marzo firma su testamento y el 23 de abril rinde tributo a la Naturaleza. ¿De qué enfermedad? Medio siglo después, un vicario de la parroquia de Stratford, llamado Ward, escribía en su Diario: «Shakespeare, Drayton y Ben Jonson se reunieron en alegre convite, y Shakespeare parece que bebió demasiado, pues murió de una fiebre contraída allí.»

En su testamento dejó casi todos sus bienes a su hija Susana, y una parte poco importante a Judit, más, en un interlineado, veinticinco chelines ocho peniques a cada uno de los actores, sus compañeros, el célebre Ricardo Burbage, Juan Heminge y Enrique

Condell, para que se compraran sortijas. Cuanto a su mujer, le lega «el segundo mejor lecho con su guarnición», legado irónico que parece indicar que Ana no supo nunca hacer olvidar a su marido la imprudencia de juventud que hubo de cometer casándose.

Susana y Judit no tuvieron sino hijas, que murieron jóvenes; de suerte que a la segunda generación quedó extinguida la posteridad de Shakespeare.

Fue enterrado al lado Norte en el presbiterio de la iglesia de Stratford el 25 de abril de 1616. Sobre su [12] sepultura, en una losa completamente lisa, se grabó la inscripción siguiente:

Good Friend for Iesus SAKE forbear  
To digg T-E, Dust EncioAsed HERe  
Blese be T-E Man TY spares T-Es Stones  
And curst be He TY moves my Bones.

(Buen amigo, por Jesús, abstente  
de cavar el polvo contenido aquí.  
Bendito sea quien respete estas piedras  
y maldito quien mueva mis huesos.)

A fin de obedecer esta última voluntad del príncipe de los poetas, sus cenizas no han sido trasladadas a Wéstminster.

\* \* \*

RICARDO II, cuya versión ofrecemos a nuestros lectores, fue compuesto hacia 1595. Cítalo Meres en el Palladis Tamia de 1598. Inspírase en la Crónica de Holinshed. Ya anteriormente se habían representado en Londres algunos dramas con el mismo título.

Con la presente tragedia ábrese el cielo inglés de las Historias shakespearianas.

Luis ASTRANA MARÍN. [13]

#### DRAMATIS PERSONAE

##### EL REY RICARDO II.

JUAN DE GANTE, duque de Lancáster Tíos del rey.  
EDMUNDO DE LANGLEY, duque de York  
ENRIQUE, denominado BOLINGBROKE, duque de Hereford, hijo de Juan de Gante, más tarde Enrique IV.  
DUQUE DE AUMERLE, hijo del duque de York.  
TOMÁS MOWBRAY, duque de Norfolk.  
DUQUE DE SURREY.

CONDE DE SALISBURY.  
LORD BERKELEY.  
BUSHY Favoritos del rey Ricardo.  
BAGOT  
GREEN  
CONDE DE NORTHUMBERLAND.  
ENRIQUE PENCY, de sobrenombre HOTSPUR, su hijo.  
LORD ROSS.  
LORD WILLOUGHBY.  
LORD FITZWATER.  
EL OBISPO DE CARLISLE. [14]  
EL ABAD DE WESTMINSTER.  
EL LORD MARISCAL.  
SIR PIERCE DE EXTON.  
SIR ESTEBAN SCROOP.  
CAPITÁN de una banda de galeses.  
LA REINA, esposa del rey Ricardo.  
DUQUESA DE GLÓSTER.  
DUQUESA DE YORK.  
Una DAMA al servicio de la reina.

LORES, HERALDOS, OFICIALES, SOLDADOS, JARDINEROS, un ALCAIDE, un MENSAJERO, un PALAFRENERO y otros SERVIDORES.

Escena: Alternativamente en Inglaterra y Gales. [15]

Acto primero

Escena primera

Londres.-Un salón en el palacio.

Entran el REY RICARDO y su séquito, JUAN DE GANTE y otros NOBLES.

REY RICARDO.- Anciano Juan de Gante, venerable Lancáster, ¿has presentado aquí, conforme a tu promesa y juramento, a Enrique de Hereford, tu intrépido hijo, para sostener la verdad de la violenta acusación que elevó últimamente contra el duque de Norfolk, Tomás Mowbray, y que nuestros quehaceres no nos permitieron oír entonces?

JUAN DE GANTE.- Sí, mi soberano.

REY RICARDO.- Dime, además, ¿le has sondeado para saber si acusa al duque en virtud de un antiguo resentimiento, o si procede honradamente, como es deber de [16] todo buen súbdito, mediante alguna prueba evidente de traición?

GANTE.- Por lo que he podido arrancar de este asunto, se trata de cierto peligroso complot dirigido contra Vuestra Alteza, que ha descubierto en él, y en modo alguno por rencor inveterado.

REY RICARDO.- Llamadlos, pues, a nuestra presencia; oiremos al acusador y al acusado hablar libremente, cara a cara, ceño contra ceño amenazador. (Salen algunos del séquito.) Ambos son altivos y arden en cólera, en furia sorda como el mar y rápida como el fuego.

Vuelven a entrar gentes del séquito con BOLINGBROKE y MOWBRAY.

BOLINGBROKE.- ¡Viva muchos años en medio de felices días mi gracioso monarca, mi muy querido soberano!

MOWBRAY.- ¡Que cada día sobrepuje en felicidad al precedente, hasta que el Cielo, envidiando el venturoso privilegio de la tierra, añada un título inmortal a vuestra corona!  
[17]

REY RICARDO.- Os lo agradecemos los dos; no obstante, uno de ambos nos adula, como bien se deduce del motivo que os trae; es decir, vuestra acusación recíproca de alta

traición. -Primo de Hereford, ¿qué es lo que tienes que decir contra el duque de Norfolk Tomás Mowbray?

BOLINGBROKE.- Primeramente (¡y tomo al Cielo por testigo de mis palabras!) Comparezco ante tan augusta presencia, en calidad de apelante, con todo el fervor de la fidelidad de un súbdito, cuidadoso de la preciosa seguridad de mi príncipe y libre de todo otro motivo ilegítimo de odio. Ahora, Tomás Mowbray, me vuelvo hacia ti, y advierte bien los saludos con que te abordo; porque lo que diga lo mantendrá mi cuerpo sobre esta tierra y mi alma divina responderá de ello en el cielo. Eres un traidor y un malnacido, demasiado ilustre para ser tal, y demasiado malo para merecer vivir, pues cuanto más bello y cristalino es el cielo, más feas parecen las nubes que vuelan por él. Para terminar, y agravando aún la nota, te hundo en la garganta el nombre infame de traidor, y deseo, si en ello consiente mi soberano, que, antes de salir de aquí, mi espada, justamente desenvainada, pueda probar lo que expresa mi lengua.

MOWBRAY.- Que las frías palabras que voy a pronunciar no [18] me acusen de falta de celo. No son los procedimientos de disputas entre mujeres, los agrios clamores de dos lenguas irritadas los que pueden servir de árbitros en la causa que nos divide; la sangre hirviente es la que debe enfriarse en este asunto. Sin embargo, no puedo alabarme de tener una paciencia lo suficientemente disciplinada para guardar silencio y no decir nada de todo. En primer lugar, el profundo respeto que profeso a Vuestra Alteza me impide saltar las riendas y dar espuela a mi libre discurso, que sin esto correría a toda brida hasta hacerle entrar en su garganta esos términos de traición aumentados al doble. Dejando aparte su alta alcurnia de estirpe real, y olvidando que es pariente de mi soberano, le desafío y escupo a la cara; le tacho de villano y de cobarde calumniador; para el mantenimiento de cuyas palabras estoy dispuesto a combatir con él y a concederle todas las ventajas de la lucha, aunque para encontrarle me viese obligado a escalar a pie hasta las cimas heladas de los Alpes, o cualquiera otro terreno inhabitable donde jamás haya osado poner su planta el inglés. Entre tanto, que esta declaración defienda mi lealtad: por todo cuanto espero, juro que él ha mentado con la mayor falsedad.

BOLINGBROKE.- ¡Pálido cobarde tembloroso! Ahí te arrojo mi guante, despojándome aquí de mi calidad de pariente del rey, y doy de lado la realeza de mi [19] preclara alcurnia, de que tú haces una excepción, no por reverencia, sino por miedo. Si el espanto de tu culpabilidad te ha dejado fuerzas bastantes para aceptar la prenda de mi honor, recógela, pues. Por ella y por todas las prácticas de la caballería sostendré contra ti, arma contra arma, cuanto he hablado y puedas inventar de peor.

MOWBRAY.- La recojo, y juro por esta espada, que suavemente me dio el espaldarazo de caballero, que responderé en leales condiciones o en toda noble prueba de forma caballeresca, ¡y una vez montado a caballo, que no descienda vivo si soy traidor o combato por una causa injusta!

REY RICARDO.- ¿Cuál es el cargo que hace pesar nuestro primo sobre Mowbray? Preciso es que la acusación sea bien grave para que pueda inspirarnos al pensamiento de una sospecha.



BOLINGBROKE.- Mirad, lo que digo lo probaré con mi vida: que Mowbray ha recibido, a título de sueldo para los soldados de Vuestra Alteza, ocho mil «nobles», los cuales ha retenido para usos criminales como falso traidor y malvado villano. Además, sostengo, y lo probaré en combate, aquí o en cualquiera otro sitio de los más apartados rincones que hayan [20] contemplado jamás ojos ingleses, que todas las traiciones que se han tramado y combinado en este reino durante los últimos diez y ocho años han tenido en este desleal Mowbray su origen y primer impulso. Digo por ende, y probaré más ampliamente sobre su vida detestable la verdad de lo que enuncio, que él fue quien tramó la muerte del duque de Glóster, sugirió las sospechas de sus irreflexivos adversarios, y, consiguientemente, como un cobarde traidor, abrió las esclusas de su alma inocente por entre ríos de sangre; sangre que, como la de Abel después del sacrificio, clama, hasta desde las mudas cavernas de la tierra, pidiéndome justicia y riguroso castigo; y por la gloriosa nobleza de mis antepasados, que este brazo lo llevará a efecto o perderé mi vida en la demanda.

REY RICARDO.- ¡Con qué altivez impone su resolución! Tomás de Norfolk, ¿qué respondes a esto?

MOWBRAY.- ¡Oh! Que mi soberano vuelva atrás su rostro y ordeno a sus oídos permanecer sordos un corto instante hasta que haya probado a este oprobio de su raza cuánto detestan Dios y los hombres honrados a un tan infame embustero.

REY RICARDO.- Mowbray, son imparciales nuestros ojos y oídos; [22] fuera él mi hermano, el heredero, incluso, de mi trono -como es simplemente el hijo del hermano de mi padre-, y, por el respeto debido a mi trono, juro que semejante parentesco, por cercano que sea con nuestra sagrada sangre, no gozaría de privilegio alguno ni haría doblegar en nada la inflexible firmeza de mi recto corazón. Es nuestro súbdito, Mowbray; tú lo eres también; te autorizo, pues, a que hables libremente y sin miedo.

MOWBRAY.- Entonces, Bolingbroke, mientes por el falso conducto de tu garganta, tan bajamente como bajo es tu corazón. Tres partes de la suma que recibí por Calais las he distribuido fielmente entre los soldados de Su Alteza; la otra parte la he conservado, previo consentimiento suyo, pues mi soberano señor me la debía como remanente de una cantidad considerable que databa de cuando estuve en Francia a recibir a su reina. Trágate, pues, ahora esa mentira. Cuanto a la muerte de Glóster, yo no lo maté, sino que, para vergüenza mía, olvidé en aquella ocasión un deber jurado. Respecto de vos, mi noble lord de Lancáster, honorable padre de mi enemigo, he preparado en cierta ocasión una emboscada contra vuestra existencia, pecado que tortura mi alma dolorida; pero me confesé de él antes de recibir mi última comunión y pedí escrupulosamente el perdón de Vuestra Gracia, que espero haber conseguido. Tal es mi culpa. Cuanto a las otras acusaciones, provienen del rencor de un miserable, de un malvado y más que degenerado traidor, de que me defenderé con entereza personalmente. Así, arrojo a mi vez mi guante a los pies de este jactancioso traidor, para demostrarle que soy un hidalgo leal así haya de arrancarle la mejor sangre que encierra en su pecho. Impaciente de lo cual, suplico de todo corazón a Vuestra Alteza se digne señalar el día de nuestro combate.

REY RICARDO.- Hidalgo enardecido de furor, dejaos dirigir por mí; purguemos esta cólera sin recurrir a la sangría. Esto os prescribimos, aunque no somos médico. Una malignidad profunda produce una incisión demasiado profunda; olvidad, perdonad, concertaos y venid a un arreglo. Nuestros doctores dicen que éste no es mes de sangrías. Buen tío, que esta querrela acabe allí donde comenzó. Nosotros calmaremos al duque de Norfolk; calmad vos a vuestro hijo.

GANTE.- Nada más conveniente a mi edad que el papel de pacificador. Hijo mío, devolved su guante al duque de Norfolk.

REY RICARDO.- Y vos, Norfolk, entregadle el suyo.

GANTE.- ¿Cómo? ¡Enrique! ¿Cómo? La obediencia te manda que no me obligues a mandártelo otra vez. [23]

REY RICARDO.- Norfolk, devolvédsele, os lo ordenamos; nada de vacilaciones.

MOWBRAY.- En lo que no vacilo, mi temido soberano, es en arrojarme a tus pies. Tú mandas en mi vida, pero no en mi honra; mi deber es consagrarte la una, pero mi buen renombre, que a despecho de la muerte me sobrevivirá en la tumba, no tienes poder para arrojarlo al negro deshonor

. Soy aquí infamado, acusado, insultado, atravesado hasta el fondo del alma por la lanza envenenada de la calumnia, que ningún bálsamo puede curar sino la sangre del corazón que ha exhalado este veneno.

REY RICARDO.- Debe refrenarse el furor; dadme su guante: los leones domestican a los leopardos.

MOWBRAY.- Sí, pero no hacen desaparecer sus manchas; tomad únicamente mi decoro y yo cederé mi guante. Mi carísimo señor, el más puro tesoro que nos concede esta vida mortal es una reputación intachable; [24] destruida la cual, los hombres son tan sólo barro dorado o pintada arcilla. Un espíritu valeroso dentro de un pecho leal es una joya en un cofrecillo con diez cerraduras. Mi honor es mi vida; ambos son una y la misma cosa. Quitadme mi honor, y ha dado fin mi vida. Así, mi querido soberano, permitidme probar mi honor; por él vivo y por él quiero morir.

REY RICARDO.- Primo, recoged vuestro guante. Sed vos quien comience.

BOLINGBROKE.- ¡Oh! ¡Libre Dios a mi alma de tan horrendo pecado! ¿Debo aparecer ante mi padre con la cimera abatida, o, con la temblorosa timidez de un mendigo, rebajar mi dignidad ante este desvergonzado cobarde? Antes que mi lengua hiriese mi honor con tan injuriosa flaqueza, o hiciese sonar tan baja trompeta llamando a parlamento, mis dientes destrozarían el servil instrumento de esta palinodia dictada por el miedo y la escupirían ensangrentada al gran deshonor de este hombre donde la vergüenza reside, es decir, a la cara de Mowbray.

(Sale GANTE.)

REY RICARDO.- No hemos nacido para rogar, sino para disponer. Puesto que no podemos haceros amigos, estad prontos, [25] bajo pena de responderme con vuestras vidas, a comparecer en Coventry el día de San Lamberto. Allí decidirán vuestras lanzas y espadas el creciente desacuerdo de vuestro obstinado odio. Como quiera que no podemos reconciliaros, veremos la justicia de Dios elegir al caballero digno de la victoria.

Mariscal, ordenad a nuestros oficiales de armas que se preparen para dirigir este encuentro privado.

(Salen).

Escena II

El mismo lugar.- Salón en el palacio del duque de Lancáster.

Entran JUAN DE GANTE.- y la DUQUESA DE GLÓSTER.

GANTE.- ¡Ay de mí! Los lazos de sangre que me unían a Woodstock me solicitan más aún que vuestros clamores para revolverme contra los asesinos de su vida. Mas ya que el poder de reparación reside en las manos mismas que han cometido el crimen que no podemos castigar, confiemos nuestra querrela a la voluntad del Cielo, que cuando juzgue propicias las horas sobre la tierra hará llover el [26] rayo de su venganza sobre la cabeza de los culpables.

DUQUESA DE GLÓSTER.- ¿El amor fraternal no halla en ti una espuela más viva para agujonearte a la venganza? ¿El cariño no tiene fuego ardiente en tu vieja sangre? Los siete

hijos de Eduardo, de los cuales eres uno, eran como siete vasos de su sagrada sangre o como siete hermosas ramas nacidas de un mismo tronco. Algunos de aquellos siete vasos consumiéronse por el curso de la Naturaleza; varias de estas ramas fueron taladas por los Destinos. Pero Tomás, mi amado dueño, mi vida, mi Glóster, el vaso henchido de la sagrada sangre de Eduardo, la rama floreciente de su alto tronco real, ha sido roto y todo su precioso licor vertido; ha sido derribado y sus hojas primaverales cayeron marchitas por la mano de la envidia y el hierro sangriento del asesino. ¡Ah Gante! Su sangre era la tuya; el mismo lecho, el mismo vientre, el mismo ardor, el mismo molde que te crearon le habían hecho hombre, y aunque tú vivas y respires, no obstante has muerto en él. En cierto modo, dijérase que consientes en la muerte del autor da tus días al contemplar fríamente la de tu desgraciado hermano, que era el modelo de la vida de tu padre. No llares a esto resignación, Gante; es desesperanza. Sufriendo así el asesinato de tu hermano muestras descubierto el camino de tu vida y enseñas al feroz asesino el modo de degollarte. Lo que en las gentes de baja [27] estofa denominamos resignación es pálida y fría cobardía en los pechos nobles. ¿Qué más diré? Para salvaguardar tu propia vida, el mejor medio es vengar la muerte de mi Glóster.

GANTE.- La querrela incumbe a Dios, ya que el sustituto de Dios, su lugarteniente ungido bajo sus ojos, fue quien causó su muerte; si ella es injusta, que el Cielo la castigue, pues jamás levantaré contra su ministro el brazo vengador.

DUQUESA.- ¿A quién, pues, ¡ay!, dirigiré mis lamentos?

GANTE.- A Dios, campeón y defensor de las viudas.

DUQUESA.- Pues entonces, sea. Adiós, viejo Gante. Marcha a Coventry a presenciar allí el combate de nuestro primo de Hereford y del cruel Mowbray. ¡Oh! ¡Que las traiciones hechas a mi esposo guíen la lanza de Hereford, para que atravesase el pecho del criminal Mowbray; o, si la desgracia lo persigue en la primer acometida, que los pecados de Mowbray pesen tan abrumadoramente en su seno, que rompan los lomos de su corcel y precipiten por anticipado de cabeza al jinete en la arena [28] del palenque, dejando al miserable a merced de mi primo Hereford! ¡Adiós, anciano Gante! La que un tiempo fue esposa de tu hermano debe acabar su vida con su compañero el dolor.

GANTE.- Adiós, hermana. Debo salir para Coventry. Que tengas tantas felicidades como para mí deseo.

DUQUESA.- Una palabra más, sin embargo. El dolor rebota allí donde cae; no por efecto de su ligereza, sino de su peso. Tomo la despedida sin haber comenzado a hablar, porque el sufrimiento no acaba cuando parece que da fin. Recomiéndame a mi hermano Edmundo York. ¡Mira! Esto es todo... No. No te marches tan aprisa... Aunque esto es todo, no te retires tan precipitadamente... De algo más debo acordarme... Ruégale... ¡Ah! ¿Qué?... Que venga lo antes posible a verso conmigo en Plashy. ¡Ay! ¿Y qué verá allí el buen anciano York sino habitaciones vacías, paredes desnudas, oficios despoblados de servidores, pavimentos sin hollar? Y por toda bienvenida, ¿qué oírás sino mis ayes? Por consiguiente, conténtate con recomendarme; que no venga aquí, a buscar el dolor, que

puede encontrar en todos sitios. Desolada, desolada voy a partir, y desolada a morir. ¡Mis ojos arrasados en lágrimas te dan el último adiós!

(Salen.) [29]

### Escena III

Campo abierto, cerca de Coventry.

Palenque preparado y un trono. HERALDOS, etc., y séquito. Entran el LORD MARISCAL y AUMERLE.

MARISCAL.- Milord Aumerle, ¿está armado ya Enrique Hereford?

AUMERLE.- Sí, completamente, y arde en deseos de entrar en liza.

MARISCAL.- El duque de Norfolk, lleno de animosidad y atrevimiento, sólo espera la señal de llamada del clarín.

AUMERLE.- Pues, en ese caso, los campeones están dispuestos y no aguardan sino la llegada de Su Majestad.

Toque de trompetas.- Entran el REY RICARDO.-, que toma asiento en su trono; JUAN DE CANTE, BUSHY, BAGOT, GREEN y OTROS, que ocupan sus puestos.- Suena un clarín y le contesta otro desde dentro. [30] En seguida aparece MOWBRAY, armado, en calidad de defensor, precedido de un HERALDO.

REY RICARDO.- Mariscal, demandad de ese campeón que allí aparece la causa de presentarse aquí en armas; preguntadle su nombre y proceded, conforme a la ley, a hacerlo afirmar por juramento la justicia de su causa.

MARISCAL.- ¡En nombre de Dios y del rey, dinos quién eres y por qué vienes aquí en armadura de caballero, contra qué hombre te presentas y cuál es tu querella! ¡Habla verídicamente, en nombre de tu título de caballero y de tu juramento, y que acto seguido te defiendan el Cielo y tu valor!

MOWBRAY.- Mi nombre es Tomás Mowbray, duque de Norfolk, y acudo aquí empeñado por mi juramento- ¡que Dios preserve a un caballero de violarlo nunca!- para defender a la vez mi lealtad y mi veracidad ante Dios, mi rey y la sucesión de su linaje contra el duque de Hereford, que me acusa. Y, por la gracia de Dios y, este mi brazo, para probarlo, en defensa propia, que es un traidor a mi Dios, a mi rey y a mí; ¡y que el Cielo me proteja como combato por la verdad!

(Ocupa su puesto.) [31]

Toques de clarín- Entra, BOLINGBROKE, en calidad de acusador, cubierto con su armadura y precedido de un HERALDO.

REY RICARDO.- Mariscal, preguntad a ese caballero que allí aparece en armas quién es y por qué se presenta así revestido en traje de guerra; y conforme a nuestra ley, hacedle formalmente atestiguar bajo juramento la justicia de su causa.

MARISCAL.- ¿Cuál es tu nombre y por qué compares ante el rey Ricardo en su real palenque? ¿Contra quién vienes y cuál es tu querella? Habla como leal caballero, y que el Cielo te ayude.

BOLINGBROKE.- Soy Enrique de Hereford, de Lancáster y Derby, que me presento aquí en armas para probar en liza, por la gracia de Dios y el valor de mi cuerpo, en la persona de Tomás Mowbray, duque de Norfolk, que es un traidor infame y peligroso ante el Dios del Cielo, el rey Ricardo y yo; ¡y que el Cielo me proteja como combato lealmente!

MARISCAL.- ¡Bajo pena de muerte, que nadie sea tan atrevido o temerario que toque las barreras, salvo el [32] mariscal y los oficiales encargados de dirigir estas pruebas leales!

BOLINGBROKE.- Lord mariscal, dejadme besar la mano de mi soberano y doblar la rodilla ante Su Majestad, pues tanto Mowbray como yo somos semejantes a dos hombres

que hacen voto para una larga y penosa peregrinación. Permitidnos, pues, que demos una solemne despedida y un afectuoso adiós a nuestros diversos amigos.

MARISCAL.- El apelante presenta a Vuestra Alteza todos sus respetos e implora el favor de besar vuestra mano y despedirse.

REY RICARDO.- (Descendiendo de su trono.) Queremos descender del trono y estrecharle en nuestros brazos. ¡Primo Hereford, si tu causa es justa, que la suerte sea contigo en este real combate! ¡Adiós, sangre de mi sangre, que si hoy la derramas, podremos lamentarlo, mas no vengar tu muerte!

BOLINGBROKE.- ¡Oh! Que ningún pecho noble profane por mí una lágrima si la lanza de Mowbray consigue cuajar mi sangre. Voy a luchar contra él con la confianza de un halcón que se arroja sobre un pájaro. (Al LORD MARISCAL.) Mi querido señor, me despido [33] de vos, y también de vos, mi noble primo, Lord Aumerle. Y no lo hago enfermo, aunque tengo que hacer con la muerte, sino joven, vigoroso y respirando con alegría. ¡Ved! Como en los festines ingleses, dejo para lo último el mejor manjar, para hacer más dulce el fin. (A JUAN DE GANTE.) ¡Oh, tú, terrestre autor de mis días, cuyo espíritu juvenil en mí renace, elévame con redoblado vigor para alcanzar la victoria que se cierne sobre mi cabeza y aumenta con tus plegarias la solidez de mi armadura, y aguza con tus bendiciones la punta de mi lanza, para que perfore como cera la cota de Mowbray, y que el nombre de Juan de Gante brille con nuevo resplandor hasta en la valerosa conducta de su hijo!

JUAN DE GANTE.- ¡Que Dios haga triunfar tu buena causa! ¡Sé pronto como el relámpago en la ejecución, y que tus golpes doblados y redoblados caigan como trueno atolondrador en el casco de tu malvado y pérfido enemigo! Excita tu sangre moza, sé valiente y vive.

BOLINGBROKE.- ¡Mi inocencia y San Jorge me protejan!

(Ocupa su sitio.)

MOWBRAY.- (Levantándose.) Sea cual fuere el lote que me depare Dios o mi fortuna, aquí ha de vivir o fenecer, [34] fiel al trono del rey Ricardo, un hidalgo leal, justo y sin tacha. Jamás cautivo alguno sacudió de un corazón libre las cadenas de su esclavitud, ni abrazó el tesoro de su manumisión incontrastada con más regocijo que mi alma saltarina celebra el festín de este combate con mi adversario. Muy poderoso señor, y vosotros compañeros pares, recibid de mi boca la expresión de mi deseo de que viváis felices años. Marcho al combate gentil y jocundo como si asistiera a un torneo: la lealtad lleva tranquilo el corazón.

REY RICARDO.- Adiós, milord. Atisbo en tus ojos, sin que pueda engañarme, la virtud enlazada con el valor. Ordenad la prueba, mariscal, y haced que dé principio.

(El REY y los LORES tornan a sus sitios.)

MARISCAL.- ¡Enrique de Hereford, Lancáster y Derby, recibe tu lanza, y Dios proteja el derecho!

BOLINGBROKE.- (Levantándose.) Fuerte como una torre en mi esperanza; respondo «Amén».

MARISCAL.- (A un OFICIAL.) Llevad esta lanza a Tomás, duque de Norfolk. [35]

HERALDO PRIMERO.- Enrique de Hereford, Lancáster y Derby se presenta aquí, por los nombres de Dios, de su soberano y de sí propio, para probar, bajo pena de impostura y felonía, que el duque de Norfolk, Tomás Mowbray, es traidor a su Dios, a su rey y a sí mismo, y se atreve a desafiarle al combate.

HERALDO SEGUNDO.- Aquí se halla presente Tomás Mowbray, duque de Norfolk, para defenderse y probar, bajo pena de pasar por impostor y perjuro, que Enrique de Hereford, de Lancáster y Derby es desleal a Dios, a su soberano y a sí propio. Valerosamente y con vivo deseo sólo espera la señal para comenzar.

MARISCAL.- ¡Sonad, clarines, y avanzad, combatientes! (Óyese una carga.) ¡Alto! ¡Alto! ¡El rey ha arrojado su bastón de mando al palenque!

REY RICARDO.- ¡Que se quiten sus yelmos y lanzas y vuelvan los dos a su sitio! (A los LORES.) Venid a conferenciar con nos; y suenen las trompetas hasta que vayamos a anunciar a estos duques lo que determinemos. (Música prolongada de trompetas. A los combatientes.) Acercaos y escuchad lo que hemos decidido con nuestro Consejo. Como la tierra de [36] nuestro reino no debe mancharse con la sangre generosa que ha nutrido; como nuestros ojos detestan el horrible espectáculo de las heridas civiles que cavan los aceros compatriotas; como en nuestra opinión son el orgullo altivo como el vuelo del águila, los pensamientos ambiciosos cuya elevación aspira al cielo, junto con el odio de una envidiosa rivalidad, los que os han impulsado a despertar una paz que dormitaba en la cuna de nuestro país con la dulce respiración de un tierno infante; como el ronco estruendo de los tambores, con el terrible resonar de las agudas trompetas y el sonoro crujido de las armas de hierro entrechocándose, podrían hacer huir de espanto la mansa paz de nuestros quietos confines y obligarnos a marchar sobre la sangre misma de nuestros parientes: por todo ello, os desterramos de nuestros territorios. Vos, primo Hereford, bajo pena de la vida, hasta que dos veces cinco primaveras hayan enriquecido nuestros campos no saludaréis nuestros bellos dominios, sino que hollaréis en tierra extraña las sendas del destierro.

BOLINGBROKE.- Cúmplase vuestra voluntad. Mi consuelo es que este sol que aquí os calienta brillará también para mí, y que estos rayos de oro que ahora os prodiga caerán también sobre mí y dorarán mi destierro.

REY RICARDO.- Norfolk, para ti he reservado una sentencia más [37] rigurosa, que pronuncio con alguna repugnancia. Las horas, en su marcha invisiblemente lenta, no



determinarán el límite sin data de tu duro destierro. Pronuncio contra ti, bajo pena de la vida, esta palabra sin esperanza: «No vuelvas nunca.»

MOWBRAY.- Sentencia severa, mi muy poderoso señor, y que no esperaba oír de la boca de Vuestra Majestad. Merecí haber recibido de manos de Vuestra Alteza mejor recompensa que ese golpe que me arroja errante en el espacio. El habla que he aprendido en estos cuarenta años, mi inglés natal, debo olvidar ahora, y ahora el uso de mi lengua no me es de más utilidad que una viola o un arpa sin cuerdas o como un buen instrumento encerrado en su estuche o que, si de él se saca, es para ponerlo en manos que no conocen las teclas ni el tono de la armonía. Dentro de mi boca habéis aprisionado mi lengua por detrás de las dobles rejas de mis dientes y de mis labios, y el carcelero que debe tener cuidado, de mí es la estúpida, insensible y estéril ignorancia. Soy demasiado viejo para mimar una nodriza; demasiado entrado en años para convertirme ahora en escolar. ¿Qué es, pues, tu sentencia sino una muerte muda, que roba a mis labios las palabras que exhalaba su aliento nativo?

REY RICARDO.- De nada te sirve apelar a nuestra compasión; [38] decretada tu sentencia, las quejas llegan demasiado tarde.

MOWBRAY.- Entonces me retiro de la luz de mi país para habitar las sombras solemnes de la noche eternal.

(Retirándose.)

REY RICARDO.- Vuelve aquí Y lleva contigo el juramento que vas a pronunciar. Extended vuestras manos proscriptas sobre nuestra espada real; jurad por el servicio que debéis a Dios -pues el que nos pertenece lo desterramos con vosotros- cumplir el juramento que os conferimos. Jurad -y que Dios y la lealtad os ayuden a mantener esta promesa- no buscar el uno al otro la afección en el destierro, no volver a miraros cara a cara, ni escribiros ni saludaros nunca, ni nunca aplacar la hosca tempestad de vuestro odio promovida en vuestro país; no proyectar un encuentro premeditado para conspirar, intrigar o maquinar algún mal contra nos, nuestro Estado, nuestros súbditos o nuestro reino.

BOLINGBROKE.- Lo juro.

MOWBRAY.- Y yo que observaré todas esas condiciones.

BOLINGBROKE.- Norfolk, quiero hablarte en la medida que cabe [39] a un adversario. A estas horas, de habérselo el rey permitido, una de nuestras almas erraría en los aires, desterrada de este frágil sepulcro de nuestra carne, como ahora nuestra carne es desterrada de este país. Confiesa tus traiciones antes de abandonar el reino; puesto que has de ir tan lejos, no lleses contigo el fardo abrumador de un alma culpable.

MOWBRAY.- No, Bolingbroke; ¡si he sido alguna vez traidor, bórrese mi nombre del libro de la vida y sea desterrado del Cielo como lo soy de aquí! Mas lo que tú eres lo sabemos Dios, tú y yo, y espero que el rey no tardará mucho tiempo en sentirlo. Adiós, mi

soberano. Ya no puedo extraviarme en mi camino; salvo para volver a Inglaterra, el mundo entero es mi ruta.

(Salen.)

REY RICARDO.- Tío, veo la aflicción de tu corazón en el espejo de tus ojos; la expresión de tu tristeza ha rebajado cuatro años de su destierro. (A BOLINGBROKE.) Cuando hayan transcurrido seis inviernos helados, retorna a la patria bienvenido de tu destierro.

BOLINGBROKE.- ¡Qué largo espacio de tiempo reside en una simple palabra! Cuatro interminables inviernos y [40] cuatro juguetonas primaveras consumidos en una frase. Tal es el hálito de los reyes.

GANTE.- Agradezco a mi soberano que, en consideración a mí, abrevie cuatro años el destierro de mi hijo. Pero yo obtendré de ello bien poca ventaja; porque antes que los seis años que debe pasar en el destierro hayan tenido tiempo de cambiar sus lunas y realizar sus evoluciones, mi lámpara, vacía de aceite, y mi llama, disipada por la edad, serán extinguidas por la vejez y la noche eterna; mi pulgada de cirio quedará apagada y consumida, y la muerte cegadora no me permitirá ver a mi hijo.

REY RICARDO.- ¡Cómo, tío! Aún te restan muchos años de vivir.

GANTE.- Pero no puedes alargarlos, rey, ni un solo minuto. Puedes acortar mis días con un taciturno dolor y retirar mis noches, pero no te es dado concederme una mañana; puedes ayudar al tiempo a labrar en mi rostro los surcos de la edad, mas no puedes detener los progresos de una sola arruga. Tu palabra puede coincidir con él para mi muerte; [41] pero una vez muerto, tu poder no podría devolverme la existencia.

REY RICARDO.- Tu hijo ha sido desterrado tras madura deliberación, y en el veredicto ha tomado parte tu lengua. ¿Por qué, pues, parece que no apruebas nuestra justicia?

GANTE.- Las cosas dulces al paladar son frecuentemente de agria digestión. Me habéis obligado a ser juez; mas yo hubiese preferido que me hubierais ordenado expresarme como padre. ¡Oh! De haber sido un extraño y no mi hijo, mostrárame con más indulgencia para atenuar su falta. He procurado evitar el reproche de parcialidad, y he destruido mi propia vida por esta sentencia. ¡Ay! Esperaba que alguno de vosotros me dijera que procedía con extremada severidad al desembarazarme así de mi hijo; mas habéis permitido a mi lengua recalcitrante que me causara este daño contra mi voluntad.

REY RICARDO.- Adiós, primo; y dáselo vos también, tío. Lo desterramos por seis años y debe partir.

Trompetería.- Salen el REY RICARDO.- y su séquito.

AUMERLE.- Adiós, primo; que de los lugares donde moréis [42] vuestras cartas nos traigan lo que no podrá comunicarnos vuestra persona.

MARISCAL.- Milord, yo no me despido de vos, pues cabalgaré a vuestro lado hasta que ganemos la frontera.

GANTE.- ¡Oh! ¿Por qué economizar las palabras y no respondes al adiós de tus amigos?

BOLINGBROKE.- Tengo muy escasas palabras para daros mi despedida, cuando la lengua debiera mostrarse pródiga de sus funciones para exhalar el abundante dolor de mi corazón.

GANTE.- Tu pena no es más que una ausencia temporal.

BOLINGBROKE.- Ausente la alegría, la pena está de continuo presente.

GANTE.- ¿Qué son seis inviernos? Ellos pasan pronto.

BOLINGBROKE.- Para los hombres que están en alegría; el pesar hace de una hora diez. [43]

GANTE.- Llámalo un viaje que haces por recreo.

BOLINGBROKE.- Mi corazón suspirará al darle este nombre, sabiendo que es una forzada peregrinación.

GANTE.- Considera el círculo sombrío que recorren tus pasos fatigados como una montura donde has de engarzar la preciada joya de tu regreso al hogar.

BOLINGBROKE.- No, más bien cada una de las enojosas zancadas que dé me recordará la distancia que me separa de las prendas que adoro. Me servirá para hacer el largo aprendizaje de las rutas del extranjero, y cuando al fin recobre la libertad, ¿de qué podré jactarme sino de haber sido un viajero en pena al servicio del dolor?

GANTE.- Cuantos lugares escudriña el ojo del Cielo son para el hombre reflexivo puertos y abras dichosos. Enseña a tu necesidad a que razone así; no hay virtud superior a la necesidad. No pienses que el rey te ha desterrado, sino que tú has desterrado al rey. El infortunio se hace tanto más pesado cuando se percata de que se soporta tan sólo [44] débilmente. Anda, suponte que yo te he enviado en busca del honor y no que el rey te ha desterrado, o imagínate que una peste devoradora flota en nuestro aire y que huyes hacia un clima más puro. Atiende cuanto de más caro tiene tu alma, mas que tu imaginación sepa atribuirlo a los lugares a que te encaminas y no a los de donde vienes. Supón que los pájaros cantores son músicos; la hierba que pisas, la cámara real cubierta de alfombras; las flores, hermosas damas, y tus pasos, no más que un baile voluptuoso o una danza, pues el pesar gruñón tiene menos poder para morder al hombre que se burla de él y lo trata a la ligera.

BOLINGBROKE.- ¡Oh! ¿Quién puede tener fuego en sus manos al pensar en el helado Cáucaso, embotar el agudo filo del hambre por la simple imaginación de un festín, o revolcarse desnudo en las nieves de diciembre evocando el calor de un fantástico estío? ¡Oh, no! El conocimiento del bien no hace sino sentir más fuertemente el mal. El diente del cruel pesar nunca es más venenoso que cuando muerde sin hacer sangrar a la herida.

GANTE.- Vamos, vamos, hijo mío, yo te pondré en el camino; si fuese joven como tú, y mía tu causa, no querría quedarme. [45]

BOLINGBROKE.- ¡Entonces, adiós, suelo de Inglaterra! Tierra venturosa, adiós. ¡Madre mía, nodriza mía, que me llevas aún! Dondequiera que vaya errante podré vanagloriarme, aunque desterrado, de ser, no obstante, un verdadero inglés.

(Salen.)

#### Escena IV

Londres- Salón en el castillo del rey.

Entran el REY RICARDO.-, BAGOT y GREEN por una puerta; AUMERLE por otra.

REY RICARDO.- Lo hemos notado. Primo Aumerle, ¿hasta dónde habéis acompañado en su camino al altanero Hereford?

AUMERLE.- He acompañado al altanero Hereford, si así lo llamáis, tan sólo hasta el próximo altozano, y allí le abandoné.

REY RICARDO.- Y, dime, ¿se han derramado muchas lágrimas en el instante de partir?  
[46]

AUMERLE.- A fe, ninguna por mi parte, si no es que el viento Nordeste, que entonces soplaba con acritud en nuestros rostros, ha despertado el flujo lacrimal dormido y honrado así con una lágrima a nuestras secas despedidas.

REY RICARDO.- ¿Qué ha dicho nuestro primo al separarse de vos?

AUMERLE.- «Adiós.» Y como mi corazón no consentía que mi lengua profanase esa palabra, he fingido el abatimiento de una profunda pena hasta el punto de que mis palabras parecían amortajadas en la tumba de mi dolor. Por mi fe, si la palabra adiós hubiera podido alargar las horas y añadir años a su corto destierro, le habría prodigado mi volumen de adioses; pero como ello es imposible, no ha tenido ninguno de mí.

REY RICARDO.- Es nuestro primo, primo; mas es dudoso que cuando el tiempo le llame desde el destierro a su hogar nuestro pariente pueda ver a sus amigos. Nos mismo, Bushy, Bagot y Green, aquí presentes, hemos observado su cortesía con el vil populacho; cómo sabía insinuarse en sus corazones con humildes y familiares finezas; la reverencia que arrojaba como pasto a los villanos, haciendo la corte a pobres obreros con el artificio de sus sonrisas y el porte [47] de su resignación en la desgracia, como si quisiera desterrar sus afectos con él. Ha tirado su gorro a una vendedora de ostras; dos carreteros le han deseado la protección de Dios, y han obtenido el tributo de su flexible rodilla con: «Gracias, compatriotas, mis queridos amigos», como si nuestra Inglaterra fuese su patrimonio y él el heredero próximo ofrecido a la esperanza de nuestros vasallos.

GREEN.- Bueno, ya se ha ido, y con él estas ideas. Ahora, mi soberano, es preciso obrar prontamente con los rebeldes que se han levantado en Irlanda, antes que un largo aplazamiento les permita aumentar sus medios de acción en ventaja suya y para ruina de Vuestra Alteza.

REY RICARDO.- Iremos en persona a esta guerra, y conto nuestras arcas, por efecto de una excesiva magnificencia y harto liberales larguezas, se hallan algo vacías, estamos obligados a arrendar nuestro dominio real. El producto de esta recaudación nos suministrará los medios de hacer frente a los negocios que sobrevengan. Si esto no bastara, nuestros gobernadores del interior obtendrán cartas blancas por las cuales harán contribuir con fuertes sumas de oro a aquellas personas tenidas por ricas, sumas que nos enviarán para subvenir a nuestras necesidades, pues queremos partir para Irlanda inmediatamente. [48]

Entra BUSHY.

REY RICARDO.- ¿Qué noticias hay, Bushy?

BUSHY.- El anciano Juan de Gante se halla gravemente enfermo, señor; ha sido un ataque subitáneo y ha enviado a toda prisa un mensajero para suplicar a Vuestra Majestad que le visite.

REY RICARDO.- ¿Dónde está?

BUSHY.- En Ely-House.

REY RICARDO.- Gran Dios, poned ahora en la cabeza de sus médicos el pensamiento de conducirlo a su tumba inmediatamente. El forro de sus cofres nos dará uniformes para nuestros soldados en estas guerras de Irlanda. Vamos, señores, visitémosle todos. ¡Quiera Dios que, a pesar de nuestra premura, lleguemos demasiado tarde!

TODOS.- Amén.

(Salen.) [49]

Acto segundo

Escena I

Londres- Una habitación en Ely-House.

JUAN DE GANTE.- , sobre una cama; el DUQUE DE YORK y otros alrededor de él.

GANTE.- ¿Vendrá el rey, a fin de que pueda exhalar yo mi último suspiro en consejos saludables para su desconsiderada juventud?

YORK.- No os atormentéis ni fatiguéis vuestro aliento, pues es en vano dirigir consejos a su oído.

GANTE.- ¡Oh! Pero dicen que las voces de un moribundo fuerzan la atención como una profunda armonía. Cuando las palabras son raras, raramente se gastan en vano, porque aquellos que exhalan sus palabras en el sufrimiento exhalan la verdad. El que en breve no podrá ya decir nada es más atendido que [50] los que son impulsados a parlotear por la juventud y la dicha. Más se significan los hombres por su fin que por sus vidas. Así como el último sabor de los manjares es el más dulce, así la puesta del Sol y los postreros acentos de la música se graban con mayor fuerza en el recuerdo que las cosas remotas. Aunque Ricardo no haya querido escuchar los consejos de mi existencia, el austero discurso de mi agonía podrá tal vez penetrar en sus sordos oídos.

YORK.- No; están ocupados con otros ecos aduladores; por ejemplo, las alabanzas que se prodigan a su manera de gobernar; toda vez que hay canciones lascivas cuyo son emponzoñado escucha siempre el oído de la juventud; relatos de las modas corrientes en la soberbia Italia, cuyos métodos imita groseramente, con atraso simiesco, nuestro país. ¿Qué vanidad crea no importa qué rincón del mundo, por vil que sea, con tal de que tenga novedad, que no le susurren a toda prisa en sus oídos? Allí donde la voluntad se halla en lucha con la cordura, los consejos llegan demasiado tarde para ser escuchados. No tratéis de guiar al que pretende elegir por sí propio su camino. Te falta aliento y quieres perder el que te resta.

GANTE.- Pienso que soy un profeta nuevamente inspirado, y he aquí lo que le vaticino a tiempo de [51] expirar. La llama fogosa y precipitada de sus desórdenes no puede durar mucho tiempo, pues los fuegos violentos se consumen pronto. La lluvia menuda se prolonga mucho; pero las tempestades repentinas son pasajeras. El que espolea demasiado, en seguida se sofoca; el que devora ávidamente se ahoga con lo mismo que debiera alimentarle. La fútil vanidad, buitres insaciables, cuando ha consumido todas sus reservas hace presa de sí misma. Este trono real de reyes, esta isla sometida a su cetro, esta tierra de majestad, esta sede de Marte, este otro Edén, este semiparaíso, esta fortaleza que la Naturaleza ha construido para defenderse contra la invasión y el brazo armado de la guerra, este florido plantel de hombres, este pequeño universo, esta piedra preciosa engastada en el mar de plata que le sirve de muro o de foso de defensa alrededor de un castillo contra la envidia de naciones menos venturosas; este trozo bendito, esta tierra, este reino, esta Inglaterra, esta matriz fecunda en grandes reyes, temibles por su valentía, famosos por su nacimiento, renombrados por sus hazañas, que en servicio de la fe cristiana y de la verdadera caballería han llevado a cabo lejos de su patria, hasta los lugares donde en la obstinada Judea se levanta el sepulcro, rescate del mundo, del Hijo de la bienaventurada María; el país de estas queridas almas; este caro, caro país, caro por su reputación a través del mundo, está ahora arrendado -¡muero de vergüenza al decirlo!- como una habitación o una mísera granja. Inglaterra, rodeada de la mar triunfante, cuyas [52] acantiladas costas repelen los envidiosos asaltos del húmedo Neptuno, está ahora encadenada al oprobio con borrones de tinta y lazos de podridos pergaminos. Esta Inglaterra, que acostumbraba a conquistar a todos, ha realizado una vergonzosa conquista de sí misma. ¡Ah! Si ese escándalo acabase con mi vida, ¡qué feliz fuera mi muerte cercana!

Entran el REY RICARDO.- y la REINA, AUMERLE, BUSHY, GREEN, BAGOT, ROSS Y WILLOUGHBY.

YORK.- El rey viene. Conducíos suavemente con su juventud, pues los potros jóvenes e indómitos cuando se los refrena se irritan más.

LA REINA.- ¿Cómo se halla Lancáster, nuestro noble tío?

REY RICARDO.- ¿Qué tal, hombre? ¿Cómo va ese viejo Gante?

GANTE.- ¡Oh! ¡Qué bien cuadra ese epíteto a mi estado! Viejo Gante, en verdad, y no más que un viejo guante, pues no me queda sino la piel en fuerza de ser viejo. La pena ha hecho de mí el efecto de un fatigoso ayuno; y ¿quién puede abstenerse de alimento sin quedar reducido a un simple guante? Porque yo he volado largo tiempo por la dormida [53] Inglaterra; las vigili­as engendran la delgadez, y la delgadez es sólo piel. He estado ayuno de la felicidad de que se alimentan ciertos padres, quiero decir las miradas de mis hijos, y por este ayuno me has dejado reducido al estado de un guante. Y guante y no Gante soy para la tumba, guante arrugado, cuyos pliegues vacíos no heredarán sino mis huesos.

REY RICARDO.- ¿Cómo puede un enfermo jugar tan lindamente con sus nombres?

GANTE.- No; es que la miseria gusta de burlarse de sí misma. Puesto que buscas matar en mí mi nombre, me mofo de mi nombre, gran rey, para adular­te.

REY RICARDO.- Es que los moribundos deben adular a los que viven.

GANTE.- No, no; son los vivos quienes adulan a los que mueren.

REY RICARDO.- Pues tú, en trance de morir, dices que me adulas. [54]

GANTE.- ¡Oh, no! Eres tú quien muere, aunque yo sea el enfermo.

REY RICARDO.- Yo gozo de salud, respiro y te veo mal.

GANTE.- Pues el que me ha creado sabe cuán enfermo te veo. Me veo mal, y te veo mal. Tu lecho de muerte es nada menos que el país donde yace enferma tu reputación, y tú, demasiado indiferente a la dolencia, confías tu cuerpo ungido a los cuidados de aquellos médicos que son los primeros en herirte. En el círculo de tu corona, cuyo aro no es más grande que tu cabeza, un millar de aduladores hallan medio de agitarse, y, sin embargo, el mal que se comete en ese pequeño espacio no abarca menos que todo el país. ¡Oh! Si tu abuelo, con mirada profética, hubiera visto cómo el hijo de su hijo arruinaba a sus hijos, habría puesto tu vergüenza lejos de tu alcance, despojándote antes que lo poseyeses del trono que ahora posees para desposeerte a ti mismo. Que, sobrino, aunque rigieses los destinos del mundo, sería una vergüenza enajenar este país; pero cuando todo tu universo consista en este país, ¿no es más que vergonzoso avergonzarlo de tal manera? Tú eres ahora el propietario explotador de Inglaterra, no su rey. Tu soberanía legal es por compromiso esclava de la ley, y... [55]



REY RICARDO.- Y tú un loco de cerebro desquiciado, que, prevaliéndote del privilegio de la enfermedad, tienes la audacia de permitir que tus heladas admoniciones hagan palidecer nuestras mejillas, ahuyentando la sangre real con furia de su nativa residencia. Ahora, por la muy real majestad de mi trono, que si no fueras el hermano del hijo del gran Eduardo, esa lengua que rueda tan redondamente en tu cabeza haría rodar tu cabeza de tus irreverentes hombros.

GANTE.- ¡Oh! No me respetes, hijo de mi hermano Eduardo, bajo pretexto de ser hijo del grande Eduardo. ¡Semejante al pelícano, ya has chupado sangre de esta sangre y bebido de ella hasta la embriaguez! Mi hermano Glóster, alma franca y de intenciones rectas - ¡Dios la tenga en el Cielo entre las bienaventuradas!-, es un precedente que puede dar fe de tu poco respeto en verter la sangre de Eduardo. Únete a la enfermedad que me aniquila en este momento, y que tu crueldad, cortante como la hoz de la vejez, abata de un solo golpe una flor desde ha largo tiempo marchita. ¡Vive con tu infamia; pero que tu infamia no muera contigo! ¡Que estas palabras sean para siempre tus verdugos, Conducidme a mi lecho, y de allí a mi tumba. Que gocen la vida los que poseen el cariño y el honor.

(Sale conducido por sus servidores.) [56]

REY RICARDO.- Y que mueran los que tienen la vejez y el mal humor; tú posees ambos, y perteneces dos veces a la tumba.

YORK.- Suplico a Vuestra Majestad no imputo sus palabras sino al delirio de su dolencia y a la vejez. Os ama, por vida mía, y le sois tan querido como a Enrique, duque de Hereford, si ahora se presentase.

REY RICARDO.- Cierto; habéis dicho la verdad; me ama como Hereford, e igual yo a ellos; las cosas son como deben ser.

Entra NORTHUMBERLAND.

NORTHUMBERLAND.- Soberano mío, el viejo Gante se encomienda a Vuestra Majestad.

REY RICARDO.- ¿Qué dice?

NORTHUMBERLAND.- No, nada; todo está dicho. Su lengua es ahora un instrumento sin cuerdas. Palabras, vida y todo se han disipado en el anciano Lancáster.

YORK.- ¡Ojalá York haga así el primero bancarrota! Por [57] mísera que sea la muerte, acaba con muchos dolores mortales.

REY RICARDO.- El fruto más maduro es el primero que cae, y así le ha sucedido a él. Llegó su hora. Nosotros debemos continuar nuestra peregrinación. Pero dejemos esto. Ahora a nuestras guerras de Irlanda. Es preciso exterminar a esos bárbaros kernes, de

cabellera despeluznada, los únicos seres venenosos que viven en un país donde nada venenoso tiene el privilegio de vivir; y como estas levantadas empresas entrañan gastos, tomaremos para nuestras necesidades la plata, el numerario, las rentas y los muebles que se hallaban en posesión de nuestro tío Juan de Gante.

YORK.- ¿Cuánto tiempo durará mi paciencia? ¿Cuánto también mi respetuosa ternura me hará sufrir la injusticia? Ni la muerte de Glóster, ni el destierro de Hereford, ni las afrentas infligidas a Gante, ni los agravios particulares de Inglaterra, ni los impedimentos [58] puestos al matrimonio del pobre Bolingbroke, ni mi propia desgracia, dieron jamás una expresión de resentimiento a mis pacientes mejillas o arrugado mi frente ante el rostro de mi soberano. Soy el último de los hijos del noble Eduardo, del que era el primogénito tu padre, el príncipe de Gales. Nunca león alguno fue más impetuoso en la guerra; jamás hubo cordero gentil más dulce en la paz que este joven y arrogante hidalgo. Tú posees su rostro, pues tal miraba él cuando contaba el número de tus horas; pero cuando fruncía el entrecejo era contra los franceses y no contra sus amigos. Su noble mano había conquistado cuanto gastaba, y no gastaba lo que había conquistado la mano triunfadora de su padre. Sus manos no se mancharon con la sangre de sus parientes, sino que se ensangrentaron con la de enemigos de su familia. ¡Oh Ricardo! York se ha dejado arrebatar por el dolor, sin lo cual jamás hubiera querido compararos.

REY RICARDO.- Pues, tío, ¿qué es lo que ocurre?

YORK.- ¡Oh soberano mío! Perdonadme si gustáis; si no yo, gustoso de no ser perdonado, me doy, en tanto, por satisfecho. ¿Buscáis apoderaros y acaparar en vuestras manos los títulos y derechos del desterrado Hereford? ¿No está muerto Gante y no vive Hereford? [59] ¿No era Gante justo y no es leal Enrique? ¿Es que el primero no merecía tener heredero y su heredero no es un hijo que lo merezca? Arrebata a Hereford sus derechos, y arrebata al Tiempo sus privilegios y sus títulos consuetudinarios; haz que el mañana no suceda al hoy; renuncia a ser lo que eres; pues ¿cómo serás rey si no es por legítima herencia y sucesión? Ahora, ante Dios -y Dios impida que acierte-, si vos tomáis injustamente los derechos de Hereford, si revocáis las cartas patentes que lo autorizan a reivindicar su herencia por intercesión de sus mandatarios y si lo negáis el homenaje que os ha rendido, acumuláis mil peligros sobre vuestra cabeza, perdéis millares de corazones propicios y agujijoneáis mi afectuosa paciencia a pensamientos a que no quisiera dar acceso mi honor y mi fidelidad.

REY RICARDO.- Pensad lo que queráis; cogemos en nuestras manos su plata, sus bienes, su numerario y sus tierras.

YORK.- No permaneceré aquí en tanto; soberano mío, adiós; lo que de ello resulte nadie puede predecirlo; pero es de suponer que de los malos procedimientos no salgan buenos resultados.

(Sale.) [60]

REY RICARDO.- Anda, Bushy; ve inmediatamente en busca del conde de Wiltshire; ordénale que venga a reunirse con nos al palacio de Ely para dilucidar este asunto. Mañana mismo saldremos para Irlanda; y apenas hay tiempo, creo. En ausencia nuestra crearemos lord gobernador de Inglaterra a nuestro tío York, pues es leal y nos ha querido siempre. - Venid, reina; mañana partiremos. Estemos alegres, ya que es corto el tiempo que nos queda de permanecer juntos.

(Trompetería- Salen el REY, la REINA, BUSHY, AUMERLE, GREEN y BAGOT.)

NORTHUMBERLAND.- Bueno, señores, el duque de Lancáster está muerto.

ROSS.- Y vivo también, pues ahora el duque es su hijo.

WILLOUGHBY.- Simplemente por el título, mas no por las rentas.

NORTHUMBERLAND.- Lo sería opulentamente por ambos, si la justicia mantiene sus derechos.

ROSS.- Mi corazón es grande; pero se romperá a fuerza [61] de silencio antes que se desborde con libertades de mi lengua.

NORTHUMBERLAND.- No, expón tu pensamiento, y que enmudezca para siempre el que repita tus palabras para perjudicarte.

WILLOUGHBY.- ¿Lo que habías de manifestar concierne al duque de Hereford? Si es así, expláyte resueltamente, hombre. Mis oídos están prontos a oír hablar de él para su bien.

ROSS.- Nada puedo hacer para su bien, a menos que llaméis un bien la piedad que me inspira viéndolo privado y despojado de su patrimonio.

NORTHUMBERLAND.- Pues vive Dios que es una vergüenza que se lo hagan tales injusticias a él, un príncipe real, y a otros muchos de sangre noble, en este país en decadencia. El rey no se pertenece a sí, sino que está vilmente manejado por aduladores, y todo cuanto le exijan, meramente por odio, contra cualquiera de nosotros, lo ejecutará severamente en contra nuestra, de nuestras vidas, de nuestros hijos y de nuestros herederos.

ROSS.- Ha arruinado a los comunes con gravosas tasas, [62] y medio ha perdido sus simpatías; ha impuesto multas a los nobles por antiguas querellas, y casi se ha enajenado sus corazones.

WILLOUGHBY.- Y cada día inventa nuevas exacciones, tales como cartas blancas, donaciones gratuitas y no sé qué más. Pero, en nombre de Dios, ¿dónde ocurre todo esto?

NORTHUMBERLAND.- No han sido las guerras lo que lo han devorado, pues aún no se ha batido, sino que ha cedido cobardemente, por medio de compromisos, cuanto sus antepasados habían adquirido por la lucha. Ha gastado más en la paz que ellos en la guerra.

ROSS.- El conde de Wiltshire tiene el reino en arriendo.

WILLOUGHBY.- El rey está en bancarrota como un hombre arruinado.

NORTHUMBERLAND.- El oprobio y la destrucción se hallan suspendidos de su cabeza.

ROSS.- Y, sin embargo, a pesar de sus onerosos impuestos, [63] no tiene más dinero para esas guerras de Irlanda que el que robe al desterrado duque.

NORTHUMBERLAND.- Su noble pariente. ¡Es el más degenerado rey! Pero, señores, estamos oyendo los mugidos de esta terrible tempestad, y, no obstante, no buscamos abrigo para evitar la tormenta. Vemos que el viento hincha nuestras velas de modo amenazador, y, sin embargo, no luchamos, sino que perecemos tranquilamente.

ROSS.- Vemos el naufragio mismo que hemos de soportar, y por haber dejado nacer las causas de este naufragio, el peligro se ha vuelto ahora inevitable.

NORTHUMBERLAND.- No será así; aun por entre las cuencas vacías de la muerte entreveo la vida reparadora; mas no me atrevo a decir a qué distancia se hallan de nosotros las noticias que han de confortarnos.

WILLOUGHBY.- Bueno; haznos partícipes de tus pensamientos, como te hacemos de los nuestros.

ROSS.- Habla con entera confianza, Northumberland. Nosotros tres no formamos contigo sino uno solo, [64] y hablando así, tus palabras no serán sino expresión de nuestros pensamientos; en consecuencia, habla resueltamente.

NORTHUMBERLAND.- Pues sea. De Puerto Blanco, bahía de Bretaña, he recibido aviso de que Enrique, duque de Hereford; Reignold, lord Cobham -el hijo de Ricardo, conde de Arundel-, que rompió recientemente con el duque de Exeter, su hermano, el anterior arzobispo de Canterbury; sir Tomás Erpingham, sir Juan Romston, sir Juan Norbery, sir Roberto Waterton y Francis Quoint, todos bien equipados por el duque de Bretaña, con ocho grandes navíos y tres mil hombres de guerra, avanzan a toda prisa y esperan tocar próximamente nuestra costa Norte. Tal vez estuviesen ya en ella si no esperasen primero la salida del rey para Irlanda. Si queremos, pues, sacudir el yugo que nos esclaviza, añadir una pluma a las destrozadas alas de nuestro debilitado país, rescatar de la usura nuestra corona escarnecida, sacudir el polvo que oculta el oro de nuestro cetro y devolver a la majestad soberana su aspecto natural, adelante conmigo en posta hacia Ravenspurgh; pero si flaqueáis, como retenidos por el miedo, quedaos y guardad el secreto, que yo iré solo. [65]

ROSS.- ¡A caballo, a caballo! Habla de vacilaciones a los que tengan miedo.

WILLOUGHBY.- ¡Secúndeme mi corcel, y seré allí el primero!

(Salen.)

## Escena II

El mismo lugar.- Un salón en el palacio.

Entran la REINA, BUSHY y BAGOT.

BUSHY.- Señora, Vuestra Majestad está demasiado triste. Habéis prometido, al separaros del rey, alejaros de esa melancolía que ensombrece la vida y abrir vuestro corazón a las disposiciones alegres.

REINA.- Lo prometí por satisfacer al rey; mas para satisfacción mía no es posible; sin embargo, no conozco razón alguna para desear la bienvenida a un huésped como el dolor, a no ser el adiós que me ha separado de un huésped tan dulce como mi dulce Ricardo. No obstante, dijera que de nuevo cierto [66] pesar, aun por nacer, pero ya formado en el seno del destino, se prepara a venir en busca mía; y en mi interior mi alma tiembla por no sé qué; se aflige de algo más que de su separación de mi señor el rey.

BUSHY.- La substancia de todo pesar tiene veinte sombras que se asemejan al pesar mismo, pero que no son él. Porque los ojos del dolor, alucinados en su facultad de visión por las cegadoras lágrimas, dividen una cosa misma en diferentes objetos, igual que esas perspectivas que miradas de frente no presentan sino confusión, pero que observadas de lado permiten distinguir las formas separadamente. Así, Vuestra dulce Majestad, considerando de lado la partida de vuestro señor, descubre en ella mil motivos de pesar, a

más de la ausencia de su persona; pero estos motivos, considerados en su realidad, no son más que sombras de lo que no existe. De suerte que, tres veces graciosa reina, no lloréis por otra cosa que por la ausencia de vuestro señor, pues no se descubre otra, o, si la hay, es por el hecho de la ilusión engañosa de vuestros ojos en lágrimas, que lloran por cosas imaginarias como lo harían por cosas reales.

REINA.- Puede que sea así; pero, sin embargo, mi alma me persuade en mi interior que hay otra causa; sea lo que fuere, no puedo dejar de estar triste, tan mortalmente triste, que aunque mi pensamiento [67] no se detenga sobre nada, preciso cuando pienso, siento mi corazón sucumbir y desgarrarse bajo este nada doloroso.

BUSHY.- Esas no son sino quimeras, mi graciosa señora.

REINA.- Nada de eso; las quimeras derivan siempre de algún pesar anterior; mi presentimiento es distinto, pues, o bien la nada ha engendrado mi pesar indeterminado, o bien esta nada que me aflige corresponde a alguna realidad. Poseo este pesar por anticipación, mas lo que sea, esto lo desconozco aún. No puedo darle nombre. Es un dolor innominado, creo.

Entra GREEN.

GREEN.- ¡Dios salve a Vuestra Majestad! Y bien hallados, caballeros. Espero que el rey no habrá embarcado todavía para Irlanda.

REINA.- ¿Por qué lo esperas? Más vale creer que lo haya verificado, pues sus proyectos reclaman la diligencia y la diligencia exige buena esperanza. ¿Por qué, pues, esperas que no haya embarcado?

GREEN.- Porque él, nuestra esperanza, habría podido entonces [68] volver sus fuerzas y cambiar en desesperación la esperanza de un enemigo que ha posado sólidamente el pie en este país. El desterrado Bolingbroke se ha levantado él mismo el destierro y con las armas en la mano ha llegado salvo a Ravenspurgh.

REINA.- ¡Que el Dios del cielo nos proteja!

GREEN.- ¡Ah señora! Demasiado verdad, y lo peor es que lord Northumberland, su hijo el joven Harry Percy, los lores de Ross, Beaumont y Willoughby han huido con todos sus poderosos amigos a unírsele.

BUSHY.- ¿Por qué no habéis proclamado traidores a Northumberland y al resto de la facción sublevada?

GREEN.- Ya lo hemos hecho; después de lo cual el conde de Wórcester ha roto su bastón, ha resignado su cargo de gran intendente y todos los servidores de la casa del rey huyen con él a unirse a Bolingbroke.

REINA.- De modo, Green, que has sido la partera de mi dolor y Bolingbroke el funesto heredero nacido de mi pesar. Ya mi alma ha lanzado al mundo su [69] monstruo, y yo, madre apenas pateada, jadeo bajo el peso del infortunio, del dolor unido al dolor.

BUSHY.- No desesperéis, señora.

REINA.- ¿Quién podrá impedírmelo? Quiero desesperar y entrar en enemistad con la engañosa esperanza; ella es una adúladora, un parásito, un satélite de la muerte que dulcemente disuelve los lazos de la existencia, cuya falsa esperanza prolonga la agonía.

GREEN.- Aquí llega el duque de York.

REINA.- Con las señales de la guerra sobre su vieja mirada ¡Oh! Su fisonomía está llena de apremiantes inquietudes.

Entra el DUQUE DE YORK.

REINA.- Tío, en nombre de Dios, decidnos algunas palabras consoladoras.

YORK.- Si así lo hiciera engañaría a mi pensamiento. El consuelo está en el Cielo y nosotros estamos [70] sobre la tierra, donde no hay más que calvarios, preocupaciones y pesares. Vuestro esposo ha partido a ganar una lejana puesta, mientras otros venían a hacerlo perder aquí su hogar. Me ha dejado para sostener su reino, a mí que, débil por la edad, no puedo sostenerme a mí mismo. Ahora llega la hora de enfermedad que sus excesos han traído; ahora podrá poner a prueba a los amigos que le adulaban.

Entra un SERVIDOR.

SERVIDOR.- Milord, vuestro hijo había partido antes de mi llegada.

YORK.- ¿Había partido? ¡Cómo! ¡Es posible! ¡Suceda lo que quiera! Los nobles han huido, los comunes se han enfriado y se revuelven, sin temor, en favor de Hereford. Pícaro, tórnate a Plashy y preséntate a mi hermana Glóster; adviértele que me envíe inmediatamente mil libras; toma, entrégale mi anillo.

SERVIDOR.- Milord, me había olvidado comunicarlo a Vuestra Señoría: hoy, al venir aquí, me detuve en Plashy; pero siento decirlo lo demás.

YORK.- ¿Qué es ello, bribón? [71]

SERVIDOR.- Una hora antes de mi llegada había muerto la duquesa.

YORK.- ¡Dios nos conceda su gracia! ¡Qué torrente de males se precipitan a la vez sobre este desventurado país! No sé qué hacer. Ojalá Dios -aunque El no ha sido provocado por mi deslealtad- hubiera permitido que el rey cortara mi cabeza al tiempo que la de mi

hermano. ¡Cómo! ¿Es que no se han despachado correos a Irlanda? ¿Dónde hallaremos el dinero necesario para estas guerras? Venid, hermana... -sobrina, quisiera decir-, perdonadme os ruego. Anda, muchacho, vuelve a casa; procúrate algunos carros y tráete las armas que encuentres. (Sale el SERVIDOR.) Señores, ¿queréis reunir vuestros hombres? Si yo sé cómo o por qué medios pueden ponerse en orden estos asuntos, que el desorden ha puesto en mis manos, no me creáis jamás. Los dos son parientes míos; el uno es mi soberano, a quien me ordenan defender mi fidelidad y juramento; el otro es también mi pariente, a quien el rey ha ultrajado y a quien mi conciencia y mi parentesco exigen hacer justicia. Bueno, algo hay que hacer. Vamos, sobrina, yo os colocaré en lugar seguro. Caballeros, reunid vuestros hombres y venid a buscarme en seguida al castillo de Berkeley. Debía ir a Plashy también; pero no me da tiempo. Todo va de cabeza y todo hay que dejarlo al azar.

(Salen YORK y la REINA.) [72]

BUSHY.- El viento es favorable para llevar noticias a Irlanda, pero de allí no viene ninguna. En cuanto a nosotros, levantar fuerzas proporcionadas a las del enemigo es de todo punto imposible.

GREEN.- Por otra parte, nuestra cordial adhesión al rey nos ha traído el odio cordial de los que no quieren al rey.

BAGOT.- Y luego los comunes son caprichosos, pues su fidelidad reside en su bolsa, y quien la vacíe colma sus corazones de un odio mortal en proporción del vacío que haga.

BUSHY.- De lo que se sigue que el rey está condenado por todos.

BAGOT.- Si ellos hubieran de juzgarlo, seríamos condenados al mismo tiempo, pues siempre hemos estado cerca del rey.

GREEN.- Bien; voy a refugiarme inmediatamente al castillo de Bristol; el conde de Wiltshire se encuentra allí ya.

BUSHY.- Iré con vos, pues los rencorosos comunes nos [73] prestarán pocos servicios, a menos que no sea hacernos pedazos como mastines. ¿Queréis venir con nosotros?

BAGOT.- No; iré a Irlanda al lado de Su Majestad. Adiós. Si los pensamientos del corazón no son vanos, creo que los tres nos separamos para no volvernos a ver nunca.

BUSHY.- Eso depende del éxito de los esfuerzos de York para rechazar a Bolingbroke.

GREEN.- ¡Ay, pobre duque! La misión que se ha impuesto es tan difícil como contar granos de arena o desecar los océanos sin dejar gota; por uno que combata a su lado, desertarán mil. Adiós una vez más; una vez más a todos, y, por siempre.

BUSHY.- ¡Bah! Aún podemos volver a hallarnos.



BAGOT.- Temo que nunca.

(Salen.) [74]

Escena III

Los Eriales en el condado de Glóster.

Entran BOLINGBROKE y NORTHUMBERLAND con tropas.

BOLINGBROKE.- ¿A qué distancia nos hallamos ya de Berkeley, milord?

NORTHUMBERLAND.- Creedme, noble lord, que aquí en el Glostershire soy un extranjero. Estas altas colinas silvestres, estos vericuetos escabrosos y desiguales alargan las leguas y aumentan la fatiga; y eso que vuestra agradable conversación ha sido como miel, dulcificando las dificultades del camino hasta hacerlo ameno y deleitoso. Pero pienso qué penosa ruta desde Ravenspurgh a Cotswold habrán tenido Ross y Willoughby, privados de vuestra compañía, que, lo repito, ha aligerado mucho el fastidio y lo largo de mi viaje. Es verdad que el suyo se dulcifica con la esperanza de hallar el consuelo que yo disfruto al presente; y la esperanza de la dicha contiene casi tanta dicha como la misma dicha realizada; ella hará encontrar corta su ruta a esos fatigados lores, corta como ha sido la mía por la presencia de lo que poseo, vuestra noble compañía. [75]

BOLINGBROKE.- Mi compañía es de un valor inferior al de vuestras bellas palabras. Poro ¿quién se acerca?

Entra ENRIQUE PERCY.

NORTHUMBERLAND.- Es mi hijo, el joven Harry Percy, enviado, de no sé dónde, por mi hermano Wórcester. Harry, ¿cómo está vuestro tío?

PERCY.- Creía, milord, tener por vos noticias de su salud.

NORTHUMBERLAND.- ¡Cómo! ¿Es que no está con la reina?

PERCY.- No, mi buen lord; ha abandonado la corte, roto el bastón de su cargo y licenciado la casa del rey.

NORTHUMBERLAND.- ¿Qué razón le ha movido a ello?

PERCY.- Porque Vuestra Señoría ha sido declarado traidor. Pero él, milord, ha marchado a Ravenspurgh para ofrecer sus servicios al duque de Hereford, [76] y me ha enviado a Berkeley para reconocer la importancia de las fuerzas que ha levantado el duque de York, con orden de presentarme a toda prisa en Ravenspurgh.

NORTHUMBERLAND.- Habéis olvidado al duque de Hereford muchacho?

PERCY.- No, mi buen lord, pues no se puede olvidar a quien no se recuerda; desde que tengo uso de razón, no le he visto en mi vida.

NORTHUMBERLAND.- Entonces aprended a conocerlos ahora; éste es el duque.

PERCY.- Mi gracioso lord, os ofrezco mis servicios, tal como soy, débil, novicio y joven; mas espero que maduraré de año en año y que me haré digno de servicios más meritorios e importantes.

BOLINGBROKE.- Te lo agradezco, gentil Percy, y ten la seguridad que nunca me considero más dichoso que cuando puedo recordar a mis buenos amigos. Si crece mi fortuna a la par que tu adhesión, pronto será la recompensa de tu leal fidelidad. Mi corazón hace esta promesa y mi mano la sella así. [77]

NORTHUMBERLAND.- ¿Cuánto hay de aquí a Berkeley y qué actitud presenta allí el buen anciano York con sus gentes de guerra?

PERCY.- Ved allí el castillo, detrás de aquel grupo de árboles, defendido con trescientos hombres, según he oído; en él se encuentran los lores de York, Berkeley y Seymour: ninguno de los restantes son de renombre y noble estirpe.

Entran ROSS y WILLOUGHBY.

NORTHUMBERLAND.- Aquí llegan los lores de Ross y Willoughby con las espuelas llenas de sangre y la cara bermeja por la fatiga.

BOLINGBROKE.- Salud, milores; sé que habéis puesto vuestra afección a las contingencias de un traidor desterrado. Todo mi tesoro no se compone todavía sino de agradecimientos impalpables; pero cuando sea más rico, él sabrá recompensar vuestro afecto y fatigas.

ROSS.- Vuestra presencia basta para enriquecernos, nobilísimo lord.

WILLOUGHBY.- Y rebasa con muelle las fatigas que nos ha costado llegar hasta ella.  
[78]

BOLINGBROKE.- Gracias una vez más con el tesoro del pobre; hasta que mi fortuna, ahora bisoña, crezca en edad, ella debe servir de garantía a mi liberalidad. Mas ¿quién se acerca?

Entra BERKELEY.

NORTHUMBERLAND.- Es milord de Berkeley, si no me engaño.

BERKELEY.- Milord-de Hereford, mi mensaje os concierne.

BOLINGBROKE.- Milord, mi respuesta es... que soy Lancáster. He venido a buscar este nombre en Inglaterra, y debo hallar este título en las palabras que salen de vuestra boca antes de contestar a ninguna de ellas.

BERKELEY.- No os equivoquéis, milord; no es mi intención suprimir ninguno de los títulos de vuestro honor. Vengo a vos, milord... milord lo que queráis, de parte del muy gracioso regente del reino, el duque de York, a saber qué os ha impulsado a aprovecharos de la ausencia del rey para turbar por esta toma de armas nuestra paz nacional. [79]

Entra YORK con su séquito.

BOLINGBROKE.- No tendré necesidad de hacer transmitir por vos mis palabras; he aquí llegar a Su Gracia en persona. (Arrodillándose.) -¡Mi noble tío!

YORK.- Muéstrame la humildad de tu corazón y no la de tu rodilla, cuyo homenaje es falso y engañoso.

BOLINGBROKE.- ¡Mi gracioso tío!...

YORK.- ¡Ta, ta! No me des la gracia ni el título de tío; yo no soy tío de un traidor, y esa palabra de gracia no es mas que un sacrilegio en una boca desleal. ¿Por qué esos pies de proscrito y de desterrado se han atrevido a tocar un átomo de tierra inglesa?. Pero hay aún más porqués. ¿Por qué han osado recorrer tantas millas sobre su apacible seno, alarmando a los pueblos, pálidos de temor, con la guerra y la ostentación de detestables armamentos? ¿Vienes acaso porque el rey ungido se halla ausente? Pues, joven insensato, el rey ha

quedado aquí al partir, y su poder descansa en mi seno leal. Si yo estuviera aún en posesión de aquella ardiente juventud que gozaba cuando tu padre, el bravo Gante, y yo arrancarnos al Príncipe Negro, aquel joven [80] Marte de los hombres, de entre las filas de miles de franceses, ¡oh, cómo este brazo, prisionero ahora de la parálisis, castigaría y administraría a tu falta el correctivo que merece!

BOLINGBROKE.- Mi gracioso tío, hacedme conocer mi falta, cuál es su gravedad y en que consiste.

YORK.- Ella consiste en lo que hay de más grave: en una rebelión seria y en una detestable traición. Eres un desterrado, y has venido aquí antes de la expiración de tu destierro a desafiar a tu soberano tomando las armas contra él.

BOLINGBROKE.- Cuando fui desterrado era el desterrado Hereford; mas ahora que vuelvo vuelvo como Lancáster. Mi noble tío, yo invoco Vuestra Gracia; considerad mis quejas con mirada imparcial. Sois mi padre, pues en vos veo revivir al anciano Gante. Pues bien, padre mío, ¿permitiréis que sea condenado a errar como un vagabundo, que mis títulos y derechos sean arrancados a la fuerza de mis armas, y otorgados a pródigos advenedizos? ¿Para qué he nacido? Si mi primo el rey es rey de Inglaterra, hay que reconocer que yo soy duque de Lancáster. Vos tenéis un hijo, Aumerle, mi noble pariente; si hubieseis muerto antes que mi padre, [81] y Aumerle hubiera sido aplastado como yo, él habría hallado en su tío Gante un padre para vengar sus ofensas y darles una caza a muerte. Se me rechaza el poder de reivindicar mi herencia, y, sin embargo, mis cartas patentes me conceden el derecho. Todos los bienes de mi padre han sido arrebañados y vendidos para consagrarlos, como otros muchos, en un mal empleo. ¿Qué queríais que hiciese? Soy un súbdito que invoca la ley; se me recusan los mandatarios, y, por consiguiente, es preciso que reivindique en persona los derechos a la herencia legítima de mis antepasados.

NORTHUMBERLAND.- El noble duque ha sido excesivamente ultrajado.

ROSS.- De Vuestra Gracia depende que se le haga justicia.

WILLOUGHBY.- Con sus despojos se han elevado hombres ruines.

YORK.- Milores de Inglaterra, dejadme deciros esto: He sentido los agravios hechos a mi sobrino y he empleado todos mis esfuerzos en que se le hiciera una reparación; pero venir así en agresión armada, ser su propio vengador y hacerse reparación a sí mismo, hacerse justicia por la revuelta ilegal, eso no puede [82] ser; y vosotros que le sostenéis en esa manera de obrar favorecéis la rebelión y os erigís todos en rebeldes.

NORTHUMBERLAND.- El noble duque ha jurado que venía tan sólo para reclamar lo que le pertenece, y para esta reivindicación legítima hemos jurado todos ayudarle. Que el que viole este juramento no conozca jamás la alegría.

YORK.- Bien, bien, ya veo el objeto de todos estos armamentos; yo no puedo oponerme a ello, me veo obligado a confesarlo, vista la debilidad de nuestro poder, porque al hacerme cargo de él todo se hallaba desquiciado. Pero, si pudiera, por Aquel que me dio el ser que

os prendería a todos y os haría inclinar ante la soberana clemencia del rey. Mas, pues no lo puedo, sabed que permaneceré neutral. Así, conservaos bien, a menos que os plazca entrar en el castillo y reposar en él por esta noche.

BOLINGBROKE.- Ofrecimiento que aceptamos, tío; pero a condición de que Vuestra Gracia venga con nosotros al castillo de Bristol, ocupado, según se dice, por Bushy, Bagot y sus cómplices, esas larvas de la coba pública que he jurado escardar y aplastar.

YORK.- Quizá vaya con vos; pero reflexionaré, sin embargo, [83] pues tengo conciencia de violar las leyes de nuestro país. No sois para mí ni amigos ni enemigos; mas sed bienvenidos. Las cosas que se hallan fuera de toda reparación me dejan fuera de todo cuidado.

(Salen.)

Escena IV

Un campo-en Gales.

Entran SALISBURY y un CAPITÁN.

CAPITÁN.- Milord de Salisbusy, hemos esperado diez días, con gran trabajo hemos retenido a nuestros compatriotas, y, no obstante, no hemos recibido noticia alguna del rey; por consiguiente, nos dispersamos: adiós.

SALISBURY.- Espera aún otro día, fiel galés; el rey ha depositado toda su confianza en ti.

CAPITÁN.- Dijérase que el rey ha muerto; no podemos esperar. Se han marchitado los laureles de nuestro país y los meteoros hacen que se oculten de espanto las estrellas fijas en

el cielo; la luna de pálido rostro [84] lanza resplandores sangrientos sobre la tierra, y los profetas de semblante escuálido cuchichean anuncios de cambios terribles; los ricos miran de un modo triste, y los rufianes saltan y bailan; los unos, por el temor de perder lo que disfrutaban; los otros, con la esperanza de disfrutar por la anarquía y la guerra. Signos son éstos que presagian la muerte o la caída de los reyes. Adiós; nuestros compatriotas se han marchado y han huido, bien seguros de que Ricardo, su rey, ha muerto.

(Sale.) [85]

SALISBURY.- ¡Ah Ricardo! Con los ojos del alma abatida de tristeza veo tu gloria, como una estrella errante, caer del firmamento sobre la tierra vil. Tu sol se pone llorando en el hundido occidente, anunciando futuras tempestades, desgracias y asolamientos. Tus amigos han huido a unirse con tus adversarios, y todas las cosas marchan contrariamente a tu fortuna.

(Sale.)

Acto tercero

Escena I

Bristol.- Campamento de Bolingbroke.

Entran BOLINGBROKE, YORK, NORTHUMBERLAND, ENRIQUE, PERCY, WILLOUGHBY, ROSS; oficiales detrás, con BUSHY y GREEN prisioneros.

BOLINGBROKE.- Haced que avancen esos hombres. Bushy, y vos, Green, no quiero torturar vuestras almas -ya que de aquí a algunos instantes deben separarse de vuestros cuerpos- reprochándoos fuertemente vuestras perniciosas vidas, pues no sería caritativo. Sin embargo, para lavar nuestras manos de vuestra sangre, debo aquí públicamente descubrir algunas causas de vuestra muerte. Habéis extraviado a un príncipe, a un rey hereditario, caballero de ilustre sangre y líneas, por vosotros completamente desnaturalizado y desfigurado. Hasta cierto punto, por vuestras orgías nocturnas, habéis establecido un divorcio entre la reina y él, interrumpido la posesión de un tálamo regio, marchitado la belleza [86] de las mejillas de una hermosa reina con las lágrimas que arrancaban a sus ojos vuestros infames desórdenes. Yo mismo, príncipe por la fortuna de mi nacimiento, cercano al rey por la sangre y cercano en su afecto hasta el instante en que le impulsasteis a interpretarlo malévolamente, he tenido que humillar mi cuello ante vuestras injurias y exhalar el aliento inglés de mis suspiros hacia nubes extrañas, probar el amargo pan del destierro mientras vosotros engrosabais con mis señoríos, devastabais mis parques, abatíais mis bosques, arrancabais los blasones de mis propias ventanas, borraíais mis escudos nobiliarios, no dejando subsistir otros signos para mostrar al mundo mi calidad de hijodalgo que la opinión de las gentes y la sangre de mis venas. Esto y mucho más, doblemente mucho más que todo esto, os condena a muerte. -Cuidad de que se los entregue a la ejecución y a la mano de la muerte.

BUSHY.- Más agradable es para mí el golpe de la muerte que Bolingbroke para Inglaterra. Lores, adiós.

GREEN.- Mi consuelo es que el Cielo acogerá nuestras almas y condenará la injusticia a las penas del infierno.

BOLINGBROKE.- Milord Northumberland, ved de ejecutarlos. (Salen NORTHUMBERLAND y otros con BUSHY y GREEN.) [87] Tío, ¿decís que la reina está en vuestra morada? En nombre de Dios, que se la trate bien. Presentadle mis profundos respetos; cuidad especialmente de transmitirle mis saludos.

YORK.- He despachado a uno de mis caballeros con cartas donde le significo por extenso vuestra afición por ella.

BOLINGBROKE.- Gracias, amable tío. -Vamos, milores, en marcha, a combatir contra Glendower y sus cómplices. Un poco de molestia todavía, y a descansar luego.

(Salen.)

## Escena II

La costa de Gales.- Un castillo en lontananza.

Marcha real.- Tambores y trompetas.- Entran el REY RICARDO.-, el OBISPO DE CARLISLE, AUMERLE y soldados.

REY RICARDO.- ¿Ese castillo próximo es el llamado de Barkloughly?

AUMERLE.- Sí, mi señor. ¿Cómo puede Vuestra Gracia soportar [88] este viento, después del pasado traqueteo sobre estos mares enfurecidos?

REY RICARDO.- Necesariamente debo hallarme bien. Lloro de alegría al pisar una vez más mi reino. Tierra querida, mi mano te saluda, aunque los rebeldes te hieran con los cascos de sus caballos. Como una madre largo tiempo separada de su amado hijo se desborda, cuando lo halla, en lloros y en risas, así yo, llorando, riendo, te saludo, tierra mía, y te acaricio con mis reales manos. No des tu savia al enemigo de tu soberano, amable tierra, ni regocijes con tus dulzuras su instinto devorador, sino que las arañas que exudan sobre ti sus venenosos humores y los lagartos de marcha perezosa obstruyan su camino y dañen a los traidores pies que te hollan con su paso usurpados. Lanza tus avispas de picante agujijón contra mis adversarios, y cuando cojan una flor de tu seno, guarda bajo ella, te suplico, una víbora oculta, cuyo contacto mortal de su doble lengua arroje la muerte sobre los enemigos de tu soberano. No os burléis como de un acto insensato de esta conjuración, lores. Esta tierra se hallará dotada de sentimiento, y estas piedras se transformarán en soldados armados antes que su rey legítimo sucumba bajo los golpes de una infame rebelión.

CARLISLE.- No temáis, milord; la potestad que os hizo rey [89] tiene potestad para conservaros rey a despecho de todo. Los recursos que nos ofrece el Cielo deben aceptarse y no rechazarse. Cuando el Cielo quiere y nosotros no queremos lo que él quiere, rehusando el ofrecimiento del Cielo rehusamos los medios de socorro y de reparación.

AUMERLE.- Lo cual significa milord, que somos demasiado indolentes; mientras, Bolingbroke, fiado en nuestra confianza, crece y se fortifica en poderío y partidarios.



REY RICARDO.- ¡Desesperante primo! ¿No sabes que cuando el ojo investigador del Cielo se oculta detrás del globo que ilumina el mundo inferior los ladrones y bandoleros, cobrando audacia, siembran invisibles sus asesinatos y sangrientos latrocinios? Pero cuando al salir de nuevo por debajo de la esfera terrestre inflama las altas cimas de los pinos orientales y hiero con el dardo de su luz todo antro de crimen, entonces los asesinatos, las traiciones y los execrables pecados, despojados del manto que les prestaba la noche, se detienen descubiertos y desnudos asustados de sí propios. Así, cuando ese ladrón, ese traidor Bolingbroke, que ha hecho su conventículo en la noche, mientras nosotros errábamos con los antípodas, nos vea levantarnos en nuestro trono, sus traiciones teñirán de púrpura su rostro y no será capaz de sostener la luz del día, sino que, [90] asustado de sí mismo, temblará ante su crimen. Ni toda el agua de la mar irritada y mugidora puede borrar el óleo santo de la frente de un rey ungido. El soplo de los simples mortales no puede desposeer al diputado elegido por el Señor. Por cada hombre que Bolingbroke obligue a levantar un acero dañino contra nuestra áurea corona, Dios opone en favor de su Ricardo uno de los ángeles gloriosos de su solio celestial. Si los ángeles combaten, los débiles humanos deben sucumbir, pues los Cielos son siempre guardianes del derecho.

Entra SALISBURY.

REY RICARDO.- Bien venido, milord. ¿A qué distancia están vuestras fuerzas?

SALISBURY.- Ni más cerca ni más lejos, señor, que este débil brazo. El desaliento guía mi lengua y me ordena no hablar nada sino desesperación. Un día de retraso, mi noble señor, temo que ensombrezca todos tus días felices sobre la tierra. ¡Oh! Llama al ayer, ordena al tiempo que retorne, y tendrás doce mil combatientes. Hoy, hoy, día desventurado, es demasiado tarde; este día destruye tus alegrías, tus amigos, tu fortuna, tu poder, porque todos los galeses, oyendo que habías muerto, dispersos y huidos, han marchado a unirse a Bolingbroke. [91]

AUMERLE.- Ánimo, mi soberano. ¿Por qué palidece Vuestra Gracia?

REY RICARDO.- Porque no hace un instante la sangre de veinte mil hombres triunfaba sobre mi rostro y ahora han huido; y hasta que no afluya a mí esa sangre natural, ¿no hay razón para mirar pálido y como muerto? Que los que busquen su seguridad abandonen mi partido, pues el tiempo ha lanzado un estigma sobre mi orgullo.

AUMERLE.- Confianza, mi soberano. Recordad quién sois.

REY RICARDO.- Me había olvidado de mí mismo. ¿No soy rey? ¡Arriba, perezosa majestad! Duermes. ¿El nombre de rey no vale veinte mil hombres? ¡Ármate, ármate, nombre mío! Un súbdito ruin hiera tu gloria soberana. No inclinéis vuestros ojos hacia la tierra, vosotros, favoritos de un rey. ¿No estamos altos? Sean altos nuestros pensamientos. Sé que mi tío York tiene fuerzas suficientes para sacarnos del apuro. Pero ¿quién se acerca?

Entra SIR ESTEBAN SCROOP.

SCROOP.- Que goce mi soberano más salud y felicidad que la que pueda darle mi voz entristecida. [92]

REY RICARDO.- Mis oídos están abiertos y mi corazón preparado. Lo peor que puedas anunciarme no será sino una pérdida mundana. Dí, ¿he perdido mi reino? ¡Bah!, era mi preocupación; y ¿qué pérdida es ésa que libra de una preocupación? ¿Bolingbroke se esfuerza en ser tan grande como nos? No será más grande. Si él sirve a Dios, nosotros le serviremos también y seremos así su igual. ¿Se han sublevado nuestros súbditos? No podemos remediarlo. Faltan a su fe para con Dios también como para con nosotros. Gritame desgracia, destrucción, ruina, pérdida, catástrofe. Lo peor es la muerte, y la muerte tendrá su día.

SCROOP.- Me congratulo de ver a Vuestra Alteza tan bien armado para soportar las pruebas de la calamidad. Semejante a un día tempestuoso fuera de estación, que fuerza los ríos plateados a anegar sus orillas, como si el mundo entero se disolviese en lágrimas, tal se desborda por encima de todo límite la cólera de Bolingbroke, cubriendo vuestro espantado país de aceros brillantes y duros y de corazones más duros que el acero. Las barbas blancas se han armado de su casco y sus cráneos macilentos y calvos contra tu majestad, y los niños, de voces femeninas, se esfuerzan por remedar la voz viril y revisten sus miembros femeninos de rígidas y pesadas armaduras contra tu corona; tus propios capellanes enseñan a doblar el tejo doblemente fatal [93] de sus arcos contra tu cetro. Sí, hasta las hilanderas blanden sus alabardas enmohecidas contra tu poder: jóvenes y viejos, unos y otros se han sublevado, y todo va peor que podría decir.

REY RICARDO.- Demasiado bien, demasiado bien has contado tan malas noticias. ¿Dónde está el conde de Wiltshire? ¿Dónde se halla Bagot? ¿Qué ha sido de Bushy? ¿Dónde se encuentra Green? ¿Cómo han dejado que un enemigo tan poderoso tome medida de nuestros Estados a paso tan tranquilo? Si prevalecemos, pagarán todo esto con su cabeza. Apostaría a que están en paz con Bolingbroke.

SCROOP.- En efecto; están en paz con él, milord.

REY RICARDO.- ¡Oh, villanos, víboras, condenados sin redención! Perros, dispuestos a acariciar al primer llegado. ¡Serpientes calentadas con la sangre de mi corazón, que picáis mi pecho! Tres Judas, y cada uno tres veces peor que Judas. ¿Han podido hacer la paz? ¡Que el infierno aterrador declare la guerra a sus almas mancilladas por esta ofensa!

SCROOP.- El dulce afecto, según veo, cambiando sus cualidades, [94] puede transformarse en el odio más agrio y mortal. Recoged la maldición que habéis lanzado sobre sus almas; han hecho la paz con sus cabezas, no con sus manos. Aquellos a quienes maldecís han recibido el golpe supremo de la mano destructora de la muerte y yacen cuan largos son tendidos en la fosa profunda.

AUMERLE.- ¿Es que han muerto Bushy, Green y el conde de Wiltshire?

SCROOP.- Sí, los tres han sido decapitados en Bristol.

AUMERLE.- ¿Dónde está el duque mi padre con sus fuerzas?

REY RICARDO.- No importa dónde. Que nadie hable de consuelo. Hablemos de tumbas, de gusanos y de epitafios. Hagamos del polvo nuestro papel, y con la lluvia de nuestros ojos escribamos dolor sobre el seno de la tierra. Elijamos los ejecutores de nuestras voluntades y hablemos de testamentos. Y, sin embargo, no..., nada de esto; pues ¿qué podemos legar a la tierra, salvo los cuerpos que en ella depositamos? Nuestras tierras, nuestras vidas y todo pertenecen a Bolingbroke, y nada sino la muerte podemos llamar nuestra, y esta menuda estatuita de arcilla frágil que sirve de masa y vestidura a nuestros huesos. [95] En nombre de Dios, sentémonos en tierra y narremos tristes historias de reyes desaparecidos; cómo fueron destronados unos, muertos otros en la guerra; perseguidos éstos por las sombras de los que destronaron; envenenados aquéllos por sus mujeres; quiénes hechos matar mientras dormían; todos asesinados. Porque en el círculo hueco que ciñe las sienas mortales de un rey tiene la Muerte su corte, y allí triunfa la macabra burlando su poder y ridiculizando su pompa, concediéndole un soplo, una corta escena para jugar al monarca, hacerse temer y matar con la mirada, ilusionándose con su egoísmo y sus vanos conceptos, como si esta carne que sirve de antemural a nuestra vida fuera inexpugnable bronce; y tras haberse divertido así, viene a la postre y con pequeño alfiler atraviesa las paredes de su castillo y ¡adiós rey! Cubríos y no insultéis la carne y la sangre con solemnes reverencias. Dejad a mi lado el respeto, la tradición, las formas, la cortesía de etiqueta, pues no habéis hecho todo ese tiempo sino engañarme. Vivo de pan como vosotros; como vosotros siento la necesidad, saboreo el dolor, necesito amigos. Siendo, pues, esclavo de todo esto, ¿cómo podéis decirme que soy rey?

CARLISLE.- Milord, los sabios no se detienen inertes en gemir sobre sus desgracias, sino que provienen inmediatamente los accidentes que les hacían gemir. Temer al adversario es dar por vuestra debilidad -pues [96] el temor paraliza la fuerza -fuerza al adversario; y así, vuestro loco dolor lucha contra vos mismo. ¡Temer y ser muerto! No puede sucedernos peor combatiendo. Y combatir y morir es destruir la muerte por la muerte, mientras que temer y morir es pagar a la muerte un servil homenaje.

AUMERLE.- Mi padre dispone de fuerzas; informaos de él, y aprended a haceros un cuerpo de un solo miembro

REY RICARDO.- Me reprendes justamente. Orgullosa Bolingbroke, vamos a cambiar golpes contigo en esta jornada que debe ser la de nuestro juicio final. Este acceso de fiebre se ha disipado ya. Es tarea fácil conquistar nuestro bien. -Decidme, Scroop, ¿dónde está nuestro tío con sus fuerzas? Habla tranquilamente, hombre, aunque tus miradas sean agrías.

SCROOP.- Los hombres juzgan por la fisonomía del cielo el estado del tiempo y la disposición del día; así podéis vos juzgar por mis miradas sombrías y dolorosas que mi lengua tiene que haceros un relato más doloroso aún. Juego al verdugo, retardando, de detalle en detalle, la peor noticia que tengo que anunciaros. Vuestro tío York se ha unido a Bolingbroke; todos vuestros castillos del Norte se han [97] rendido y todos vuestros hidalgos del Sur se han alzado en armas por su partido.

REY RICARDO.- Has dicho lo bastante. (A AUMERLE.) Maldito seas, primo, tú que me has hecho salir del dulce estado de resignación en que había caído para arrojarme en la desesperación. ¿Qué decís ahora? ¿Qué esperanza nos queda ahora? Por el Cielo, odiaré eternamente al que me aconseje tener todavía esperanza. Vamos a Flint-Castle; allí me consumiré de desfallecimiento; mi rey esclavo del infortunio obedecerá regiamente al infortunio. Licenciad las tropas que me quedan y que vayan a cultivar el campo que ofrece alguna esperanza de cosecha, pues para mí no hay esperanza ninguna. Que nadie me hable de modificar esta resolución, pues el consejo no será sino inútil.

AUMERLE.- Una palabra, mi soberano.

REY RICARDO.- Me hace una doble injuria el que me hiera con halagos de su lengua. Licenciad mis huestes. Que se alojen de la noche de Ricardo y pasen a la aurora radiante de Bolingbroke.

(Salen.) [98]

Escena III

Gales. -Ante el castillo de Flint.

Entran con tambores y banderas BOLINGBROKE y tropas; YORK, NORTHUMBERLAND y otros.

BOLINGBROKE.- De modo que por ese informe sabemos que se han dispersado los galeses y que Salisbury ha ido al encuentro del rey, que recientemente ha desembarcado sobre esta costa con algunos amigos particulares.

NORTHUMBERLAND.- Las noticias son excelentes y halagüeñas, milord. Ricardo oculta su cabeza no lejos de aquí.

YORK.- Convendría que lord Northumberland dijese «el rey Ricardo». Día, ¡ay!, desgraciado aquel en que un rey ungido tiene que ocultar su cabeza.

NORTHUMBERLAND.- Vuestra Gracia se engaña. He omitido el título sólo para ser más breve.

YORK.- Hubo un tiempo en que, si hubierais sido tan [99] breve con él, él hubiese sido breve con vos, tomándose la libertad de acortaros en la longitud de una cabeza.

BOLINGBROKE.- No confundáis las cosas más allá de lo conveniente, tío.

YORK.- Y vos, mi buen sobrino, no vayáis a la inconveniencia, de miedo no pueda conveniros, pues el cielo está por encima de nuestras cabezas.

BOLINGBROKE.- Lo sé, tío, y no me opongo a su voluntad. Mas ¿quién llega aquí?

Entra ENRIQUE PERCY.

BOLINGBROKE.- Bien venido, Harry. Qué, ¿es que no quiere rendirse ese castillo?

PERCY.- Milord, el castillo está regiamente guardado contra tu entrada.

BOLINGBROKE.- ¡Regiamente! ¿Encierra un rey? [100]

PERCY.- Sí, mi querido lord, encierra un rey; el rey Ricardo reside en el interior de esos muros de cal y canto, y con él están lord Aumerle, lord Salisbury y sir Esteban Scroop, más un eclesiástico de alta jerarquía; quién sea no he podido saberlo.

NORTHUMBERLAND.- ¡Oh! Probablemente el obispo de Carlisle.

BOLINGBROKE.- (A NORTHUMBERLAND.) Noble lord, avanzad hacia el rudo esqueleto de ese antiguo castillo, y por la voz de la trompeta de bronce transmitida a sus oídos ruinosos las palabras de parlamento así concebidas: Enrique Bolingbroke besa de rodillas la mano del rey Ricardo y envía a su muy real persona su obediencia y la sincera expresión de la lealtad cordial. Decidle que he venido aquí para deponer a sus pies mis armas y mis fuerzas, siempre que mi destierro se revoque y mis bienes me sean devueltos; si no, haré uso de todas las ventajas de mi poder y abatiré el polvo del estío bajo los chaparrones de sangre que lloverán las heridas de los ingleses sacrificados. Hasta qué punto el alma de Bolingbroke se halla lejos de hacer llover esta tempestad roja sobre el regazo fresco y verde del hermoso reino del rey Ricardo, mi homenaje de humilde y tierna sumisión se lo demostrará. Id y significádselo exactamente mientras avanzamos [101] por el alfombrado césped de esta llanura. (NORTHUMBERLAND avanza hacia el castillo con una trompeta.) Marchemos sin el ruido ensordecedor de los tambores, para que nuestras

leales proposiciones puedan oírse bien desde las almenas desportilladas del castillo. Me parece que el rey Ricardo y yo no habremos de encontrarnos con menos terror que los elementos de fuego y de agua cuando, al encontrarse, su estruendoso choque desgarrará las mejillas nebulosas del cielo. Sea él el fuego; yo seré el agua que cede; venga de él la cólera, mientras yo haré llover mi elemento líquido sobre la tierra -sobre la tierra y no sobre él. Adelante y observemos la actitud del rey Ricardo.

Suena una trompeta llamando a parlamento y le responde otra trompeta desde el interior del castillo. Música. Entran en los baluartes el REY RICARDO.-, el OBISPO DE CARLISLE, AUMERLE, SCROOP y SALISBURY.

ENRIQUE PERCY.- Ved, ved. El rey Ricardo aparece en persona, como el sol descontento sale enrojeciendo del umbral inflamado del Oriente cuando distingue que las envidiosas nubes se disponen a obscurecer su gloria y a manchar la huella de su viaje luminoso al Occidente.

YORK.- Aun mira como un rey. Observad; sus ojos, tan [102] brillantes como los del águila, irradian una imperiosa majestad. ¡Ay, ay! ¡Desgracia si alguna ofensa ensombreciera tan apuesto continente!

REY RICARDO.- (A NORTHUMBERLAND.) Estamos asombrados. Hemos esperado todo este tiempo a que doblases una rodilla respetuosa, pues creíamos ser tu rey legítimo. Si lo somos, ¿cómo has podido olvidar el homenaje debido a nuestra presencia? Si no lo somos, muéstranos la mano de Dios que nos ha desposeído de nuestra lugartenencia, pues sabemos que ninguna mano de carne y de sangre puede aprehender nuestro sagrado cetro, a menos que lo profane, lo robe o lo usurpe. Y aunque vos penséis que todos, siguiendo vuestro ejemplo, han condenado sus almas separándose de nos, y que nos hallamos solo y privado de amigos, sabed, sin embargo, que mi señor, Dios omnipotente, reúne en las nubes, para socorrernos, ejércitos de pestilencia que aniquilarán a vuestros hijos aun por nacer y por engendrar, a vosotros que osáis levantar contra mi cabeza vuestras manos vasallas y amenazar la gloria de mi preciosa corona. Di a Bolingbroke -pues me parece que es aquél de allá abajo- que cada uno de los pasos que dé en mi reino constituye una peligrosa traición. Ha venido para abrir el rojo testamento de la guerra sangrienta; pero antes que la corona que él codicia sea llevada en paz, las coronas ensangrentadas de diez mil hijos de mujer desfigurarán el rostro florido de Inglaterra, transformarán [103] la fisonomía de su paz de virgínea palidez en una indignación escarlata y regarán la hierba de sus prados con sangre fiel inglesa.

NORTHUMBERLAND.- El rey del Cielo impida que el rey nuestro señor sea así acometido por armas a la par ciudadanas y enemigas. Tú tres veces noble primo Harry Bolingbroke besa humildemente tu mano y jura por la honrada tumba que cubre los huesos de tu real abuelo, por la realeza de vuestras dos sangres -corrientes que salen de un mismo gracioso manantial- y por la mano del belicoso Gante, ahora difunto, y por su propia dignidad y honor, juramento que encierra todo lo que puede ser dicho o jurado, que su llegada aquí no tiene otro objeto que reivindicar sus títulos hereditarios y solicitar de rodillas una inmediata liberación. Una vez concedido esto por tu real aquiescencia, abandonará sus relumbrantes armas a la herrumbre, devolverá a sus cuerdas sus bardados

corceles y pondrá su corazón al fiel servicio de Vuestra Majestad. Esto es lo que jura, como justo, sobre su fe de príncipe, y yo lo acredito sobre mi fe de caballero.

REY RICARDO.- Northumberland, oye, esta es la respuesta del rey. Su noble primo será bien recibido y todo el número de sus justas reclamaciones será acogido sin discusión. Con toda la fácil elocuencia que [104] posees, lleva a sus amables oídos mis más tiernos cumplimientos. (NORTHUMBERLAND vuelve hacia BOLINGBROKE. A AUMERLE.)  
¿Nos rebajamos, primo, no es cierto, con tan humilde actitud y suaves palabras?  
¿Llamamos a Northumberland y le enviamos un desafío al traidor, y así morir?

AUMERLE.- No, buen milord; combatamos con palabras corteses hasta que el tiempo nos proporcione amigos y los amigos la ayuda de sus espadas.

REY RICARDO.- ¡Oh Dios! ¡Oh Dios! ¡Que mi lengua, que pronunció la terrible sentencia de destierro contra ese hombre orgulloso que allí aparece, se vea obligada a levantarla con palabras melifluas! ¡Oh, que no fuera tan grande como mi dolor, o más pequeño que mi nombre; o que pudiese olvidar lo que he sido o no acordarme de lo que soy ahora! ¿Te sublevas, orgulloso corazón? Yo te daré campo libre para batirte, ya que los enemigos tienen campo expedito para batirnos a ti y a mí.

AUMERLE.- Northumberland vuelve de parte de Bolingbroke.

REY RICARDO.- ¿Qué debe hacer el rey ahora? ¿Debe someterse? [105] Lo hará. ¿Debe ser destronado? Quedará satisfecho. ¿Debe perder el nombre de rey? En nombre de Dios, que lo pierda. Daré mis joyas por un rosario, cambiaré mi palacio suntuoso por una ermita, mis ricas vestiduras por el traje de un mendigo, mis cubiletes cincelados por un plato de madera, mi cetro por el bordón de un peregrino, mis vasallos por un par de santos esculpidos y mi gran reino por una modesta tumba, una más que modesta, modestísima tumba, una oscura tumba; o seré enterrado en el camino real, en una ruta de común tránsito, para que los pies de mis súbditos puedan a todas horas marchar sobre la cabeza de su soberano. Porque bien pisotean mi corazón ahora que vivo, y una vez enterrado, ¿por qué no han de hacerlo sobre mi cabeza? ¡Lloras, Aumerle, primo mío de tierno corazón! Engendremos malos tiempos con nuestras lágrimas menospreciadas. Ellas y nuestros suspiros abatirán las mieses estivales y traerán el hambre a este país sublevado. O ¿debemos hacernos los locos con nuestros infortunios y convertir nuestras lágrimas en tema de alguna linda apuesta?, por ejemplo, dejándolas correr siempre en el mismo sitio, hasta que nos hayan cavado un par de tumbas en la tierra y allí se suscriba: «Aquí yacen dos parientes que cavaron sus tumbas con lágrimas de sus ojos.» Es que este mal no estaría así bien. Bien, bien, ya veo que no digo más que necedades y que os burláis de mí. Milord Northumberland, muy poderoso príncipe, ¿qué dice el rey Bolingbroke? ¿Su Majestad se [106] digna autorizar a Ricardo a vivir hasta que Ricardo muera? No tenéis que hacer más que una reverencia y Bolingbroke dirá que sí.

NORTHUMBERLAND.- Milord, os espera en la baja corte para hablar con vos. ¿Os dignáis bajar?

REY RICARDO.- Abajo, abajo voy. Semejante a un faetón en el mentido resplandor que no tiene poder para conducir sus corceles sublevados. (Vuelve NORTHUMBERLAND a BOLINGBROKE.) ¿En la baja corte? Bajas cortes, en efecto, aquellas en que los reyes son lo bastante bajos para descender al llamamiento de los traidores y concederles su perdón. ¿En la baja corte? ¿Descender? ¡Abajo corte! ¡Abajo rey! Pues los búhos nocturnos lanzan sus chillidos allí donde las alondras debieran cantar sobre las alturas.

(Se retiran de los baluartes.)

BOLINGBROKE.- ¿Qué dice Su Majestad?

NORTHUMBERLAND.- El dolor y la angustia del corazón le hacen desvariar [107] como un frenético. Sin embargo, he aquí viene.

Entran el REY RICARDO.- y su séquito.

BOLINGBROKE.- ¡Apartaos todos y mostrad un leal respeto a Su Majestad! (Arrodillándose.) Mi gracioso señor...

REY RICARDO.- Arrogante primo, envilecéis vuestra rodilla principesca dando a la tierra vil el orgullo de besarla. Mi corazón preferiría sentir vuestro afecto a comprobar con mis dolientes ojos vuestra cortesía. Levantaos, primo, levantaos. Vuestro corazón es levantado, lo sé, tan alto, por lo menos, como ésta (Señalando la cabeza.), aunque esté baja vuestra rodilla.

BOLINGBROKE.- Mi gracioso señor, vengo tan sólo a reclamar mis bienes.

REY RICARDO.- Vuestros bienes están en nosotros, y yo y todo somos de vos.

BOLINGBROKE.- Sed mío, mi muy temido soberano, en tanto que mis leales servicios merezcan vuestro afecto.

REY RICARDO.- Bien lo merecéis. Merecen poseer bien aquellos [108] que conocen el medio más sólido y seguro de adquirir. -Tío, dadme vuestra mano. Vamos, secad vuestros ojos. Las lágrimas muestran el amor que me profesáis; pero no remedian nada. -Primo, soy demasiado joven para ser vuestro padre, aunque vos sois lo suficientemente viejo para ser mi heredero. Lo que deseáis os lo concederé, y hasta voluntariamente, pues debemos hacer lo que la fuerza quiere que hagamos. Marchemos hacia Londres. Primo, ¿os conviene así?

BOLINGBROKE.- Sí, mi buen señor.

REY RICARDO.- Entonces no debo decir que no.

(Trompetería. -Salen.)



Escena IV

Langley. -El jardín del duque de York.

Entran la REINA y dos DAMAS.

LA REINA.- ¿Qué sport inventaremos aquí para alejar el pensamiento abrumador de los cuidados? [109]

DAMA PRIMERA.- Señora, jugaremos a los bolos.

LA REINA.- Eso me hará pensar que el mundo está lleno de asperezas y que mi suerte rueda fuera de sus rodadas.

DAMA PRIMERA.- Bailaremos, señora

LA REINA.- Mis piernas no pueden guardar la medida con placer, cuando mi pobre corazón se desborda de pena sin medida. Por consiguiente, nada de baile, muchacha; algún otro sport.

DAMA PRIMERA.- Contemos cuentos, señora.

LA REINA.-¿Alegres o tristes?

DAMA PRIMERA.- De las dos clases, señora.

LA REINA.- De ninguna manera, muchacha, pues si son de [110] alegría, como quiera que me falta, me recordarán más vivamente mi pena; y si son de tristeza, como quiera que

estoy triste, añadirán un dolor más a mi ausencia de alegría. Lo que tengo no necesito aumentarlo, y lo que me falta, de nada me sirve sentirlo.

DAMA PRIMERA.- Señora, cantaré.

LA REINA.- Está bien, si tienes motivo; pero más me complacería que llorases.

DAMA PRIMERA.- Lloraría, señora, si con ello os hiciera bien.

LA REINA.- Y yo también lloraría si los lloros me hicieran bien, y no tendría necesidad de pedirte ninguna lágrima. Pero detente; aquí llegan los jardineros. Escabullámonos en la sombra de aquellos árboles. Mi miseria contra una hilera de alfileres a que vienen a hablar de asuntos de Estado, pues es lo que hace cada cual cuando viene una revolución. La desgracia es la precursora de la desgracia.

(Retíranse la REINA y las DAMAS.) [111]

Entran un JARDINERO y dos CRIADOS.

JARDINERO.- Vamos, sujétame esos albaricoques que se balancean allá abajo y que, semejantes a niños revoltosos, hacen curvar su rama madre bajo la opresión de su peso pródigo. Pon algún apoyo a esos ramos que se inclinan. Anda, tú, y, como un ejecutor, corta las cabezas de esos brotes que crecen con excesiva rapidez y que se elevan demasiado altos en nuestra república; todo debe ser nivelación en nuestro Gobierno. Mientras os halláis así ocupados voy a arrancar las malas hierbas que absorben sin provecho la fertilidad de la tierra, a expensas de las buenas flores.

CRIADO PRIMERO.- ¿Por qué pretenderemos en el recinto de una empalizada guardar ley y forma y debida proporción, mostrando cual un modelo nuestro firme Estado, cuando nuestro jardín de murallas de igual, la tierra entera, está llena de hierbas, sus más lindas flores se ahogan, sus árboles frutales se hallan todos sin podar, sus setos en ruinas, sus parterres en desorden y todas sus plantas útiles hormigean de orugas?

JARDINERO.- Guarda silencio. El que ha sufrido esta primavera desordenada ha llegado ahora con la caída [112] de las hojas; las hierbas que protegían sus hojas de vasto

umbráculo y que, royéndolo solo, parecían sostenerlo, han sido arrancadas de cuajo, y por Bolingbroke; quiero decir el conde de Wiltshire, Bushy y Green.

CRIADO PRIMERO.- ¡Cómo! ¿Han muerto?

JARDINERO.- Han muerto, y Bolingbroke se ha apoderado del rey disipador. ¡Oh! ¡Lástima que no haya adornado y decorado su reino como nosotros este jardín! Nosotros, en la estación propicia hacemos incisiones en la corteza, la piel de nuestros árboles frutales, por temor de que, orgullosos de savia y de sangre, no se pierdan por exceso de abundancia; si él hubiera obrado así con los grandes y ambiciosos habrían podido vivir, ellos para producir frutos de obediencia y él para gozarlos. Nosotros escamondamos las ramas superfluas para que los ramos fértiles puedan subsistir; si él hubiera observado esta práctica conservaría la corona que casi le ha arrebatado la prodigalidad de las horas frívolas.

CRIADO PRIMERO.- ¡Cómo! ¿Pensáis entonces que el rey será depuesto?

JARDINERO.- Pospuesto ya está, y depuesto no dudo que ha [113] de serlo. La noche pasada han llegado cartas a un íntimo amigo del buen duque de York que contienen noticias siniestras.

LA REINA.- ¡Oh! Me ahoga hasta el morir la necesidad de hablar! (Adelantándose.) Tú, retrato del viejo Adán, encargado de cuidar este jardín, ¿cómo tu lengua grosera se atreve a expresar tan desagradables noticias? ¿Qué Eva, qué serpiente te ha sugerido representar una segunda caída del hombre maldito? ¿Por qué dices que el rey Ricardo ha sido depuesto? Osas tú, tú, cosa más insignificante que la tierra, profetizar su caída. Díme, ¿dónde, cuándo y cómo has sabido estas malas noticias? Habla, miserable.

JARDINERO.- Perdonadme, señora. Experimento poco regocijo en repetir esas nuevas. Sin embargo, lo que digo es verdad. El rey Ricardo se halla bajo la presa poderosa de Bolingbroke; las suertes de ambos están en la balanza. En el platillo de vuestro señor no hay sino él mismo, mas algunas vanidades que le aligeran; pero en el del gran Bolingbroke, además de su persona, se encuentran todos los pares ingleses, y con este peso echa abajo al rey Ricardo. Encaminaos a Londres y veréis que estas noticias son ciertas. No digo sino lo que todo el mundo sabe. [114]

LA REINA.- Rápido infortunio, que eres tan ligero de pies, ¿es que no era a mí a quien se dirigía tu mensaje, y soy la última en conocerlo? ¡Oh! Has pensado servirme la postrera para que guarde más largo tiempo tu dolor en mi pecho. Venid, damas, vamos a reunirnos en Londres con el rey de Londres en duelo. ¡Cómo! ¿He nacido para esto, para que mis afligidas miradas engalanen el triunfo del gran Bolingbroke? Jardinero, por haberme contado estas noticias de dolor, ruego a Dios que las plantas que injertes no crezcan jamás.

(Salen la REINA y las DAMAS.)

JARDINERO.- ¡Pobre reina! Con tal de que tu estado no fuera peor, consentiría en someter mi arte a tu maldición. Aquí dejó caer una lágrima; aquí, en este sitio, plantaré un

arriate de ruda, amarga hierba de virtud; la ruda, emblema de compasión, que brotará aquí muy en breve, en recuerdo de una reina en lágrimas.

(Salen.) [115]

Acto cuarto

Escena única

Londres. -Westminster.- Hall.

Los lores espirituales, a la derecha del trono; los lores temporales, a la izquierda. Debajo de ellos, los comunes.

Entran BOLINGBROKE, AUMERLE, SURREY, NORTHUMBERLAND, ENRIQUE PERCY, FITZWATER, otro LORD, el OBISPO DE CARLISLE, el ABAD DE WESTMINSTER y personas del séquito. Detrás oficiales con BAGOT.

BOLINGBROKE.- Que avance Bagot. Ahora, Bagot, descarga libremente tu alma. ¿Qué sabes de la muerte del noble Glóster? ¿Quién la tramó con el rey y quién llevó a cabo el sangriento papel de poner fin a sus días antes de su término?

BAGOT.- En ese caso, poned ante mi cara a lord Aumerle. [116]

BOLINGBROKE.- Primo, avanzad y tended la vista sobre este hombre.

BAGOT.- Milord Aumerle, sé que vuestra lengua osada tendría a menosprecio negar lo que una vez ha dicho. En aquella maldita época en que se fraguó la muerte de Glóster os oí decir: «¿Mi brazo no es bastante largo para esperar desde la corte tranquila de Inglaterra hasta Calais la cabeza de mi tío?» Por este mismo tiempo, entre otras muchas conversaciones, os oí afirmar que rehusaríais el ofrecimiento de cien mil coronas a ver a Bolingbroke de retorno en Inglaterra y agregasteis, por ende, cuán feliz sería este reino con la muerte de vuestro primo.

AUMERLE.- Príncipes y nobles lores, ¿qué respuesta daría a este hombre vil? ¿He de deshonorar mis venturosas estrellas poniéndome a su misma altura para castigarlo? Debo hacerlo, o mi honor quedará mancillado por la acusación de sus labios calumniadores. ¡Ahí va mi guante, sello de muerte de mi mano que te estigmatiza para el infierno! Digo que mientes, y mantendré que lo que has dicho es falso en la sangre de tu corazón, aunque sea demasiado vil para empañar el temple de mi caballeresca espada.

BOLINGBROKE.- Bagot, detente, no debes recogerlo. [117]

AUMERLE.- ¡Exceptuando a uno solo, quisiera que fuese el más ilustre de esta asamblea el que así me ha provocado!

FITZWATER.- Si tu valor necesita de iguales, ahí va mi guante Aumerle, a cambio del tuyo. Por el bello sol que me muestra el sitio en que estás, te he oído decir, y te jactabas de ello, que eras el autor de la muerte del noble Glóster. Mientes veinte veces si lo niegas, y te haré hundir con la punta de mi acero tu falsía en tu corazón, donde fue engendada.

AUMERLE.- No te atreverás a vivir, cobarde, para ver ese día.

FITZWATER.- ¡Por mi alma, quisiera que fuese ahora mismo!

AUMERLE.- Fitzwater, estás condenado al infierno por estas palabras.

ENRIQUE PERCY.- Mientes, Aumerle; su honor es tan puro en esta apelación como tú desleal, y en testimonio de lo que digo te arrojo mi guante, para probar sobre ti la verdad de mis palabras hasta el último extremo. Recógelo si te atreves. [118]

AUMERLE.- Y si no lo recojo, que se pudran mis manos y no puedan jamás blandir un acero vengador por encima del yelmo brillante de mi enemigo.

UN LORD.- Perjuro Aumerle, arrojo a tierra mi guante por igual causa, y te lanzo de un golpe tantos mentises como puedan gritarse en tus oídos de traidor de sol a sol. He ahí la prenda de mi honor; recógelo para la prueba si te atreves.

AUMERLE.- ¿Quién me provoca todavía? ¡Por el Cielo, que lucharé con todos! Tengo mil corajes en un solo corazón para responder a veinte mil como vosotros.

SURREY.- Milord Fitzwater, recuerdo perfectamente la época en que Aumerle y vos hablabais del asunto.

FITZWATER.- Es cierto; vos estabais presente entonces y podéis testimoniar conmigo que todo es verdad.

SURREY.- Por el Cielo que es tan falso como el Cielo es verídico. [119]

FITZWATER.- ¡Mientes, Surrey!

SURREY.- ¡Deshonesto mancebo! Ese mentís pesará tan abrumador sobre mi espada, que ha de lograr reparación y venganza, hasta que tú, el prodigador de mentises, y tu mentís reposéis en tierra tan quietamente como el cráneo de tu padre. En prueba de lo que digo, he aquí el guante de mi honor; sírvete de él para una prueba si osas.

FITZWATER.- ¡Qué estúpidamente espoleas a un caballo sin freno! Si soy capaz de atreverme a beber, comer, respirar y vivir, también seré capaz de encontrarme con Surrey en un lugar aislado y de escupirlo al rostro al tiempo que lo diga que miente, que miente y que miente; he aquí la prenda de mi fe empeñada, que ha de imponerte mi vigorosa corrección. Tan cierto como espero prosperar en este mundo donde hago mi entrada, Aumerle es culpable de lo que lo acuso verídicamente. Además, he oído decir al proscrito Norfolk que tú, Aumerle, habías enviado dos hombres a Calais para asesinar al noble duque.

AUMERLE.- Que un honrado cristiano me preste un guante. -Aquí lo arrojo en testimonio de que Norfolk miente, [120] por si fuera llamado del destierro para defender su honor.

BOLINGBROKE.- Estas querellas quedarán suspendidas hasta que Norfolk sea llamado, que, aunque enemigo mío, se le restablecerá en todas sus tierras y señoríos. Cuando retorne le obligaremos a justificarse contra Aumerle.

CARLISLE.- Jamás veremos ese honroso día. El desterrado Norfolk ha combatido largo tiempo por la fe de Jesucristo en las gloriosas batallas cristianas y enarbolado el estandarte de la Cruz cristiana contra negros paganos, turcos y sarracenos. Fatigado de los afanes de la guerra, se retiró a Italia, y allí, en Venecia, ha legado su cuerpo a la tierra de aquel encantador país y su alma pura a Cristo, su capitán, bajo cuyas banderas había guerreado tanto tiempo.

BOLINGBROKE.- ¡Cómo! Obispo, ¿ha muerto Norfolk?

CARLISLE.- Tan cierto como vivo, milord.

BOLINGBROKE.- ¡Que la dulce paz conduzca su dulce alma al seno del buen viejo Abrahán! -Lores apelantes, vuestras [121] diferencias quedan suspendidas hasta que designemos el día de la prueba.

Entra YORK con su séquito.

YORK.- Gran duque de Lancáster, vengo a ti de parte de Ricardo, el de penacho abatido; consiento de su plena voluntad en adoptarte por heredero y cede su cetro poderoso a la posesión de tu real mano. ¡Subo sobre su trono, del cual desciende hoy, y vivo largo tiempo, Enrique, cuarto de este nombre!

BOLINGBROKE.- En nombre de Dios, asciendo al trono real.

CARLISLE.- ¡Por mi fe, que Dios te lo prohíbe! Es posible que mis mejores palabras suenen mal ante esta real presencia; sin embargo, me incumbe decir la verdad. ¡Plegue a Dios que alguno en esta noble asamblea sea lo bastante noble para actuar de juez leal del noble Ricardo! Entonces la verdadera nobleza le obligaría a abstenerse de una falta tan grande. ¿Qué súbdito tiene poder para pronunciar una sentencia contra su rey? ¿Y quién de los aquí sentados no es súbdito de Ricardo? Los ladrones no son juzgados sin que se les oiga, por evidente, que aparezcan sus crímenes; y la figura do la majestad de Dios, su capitán, su lugarteniente, su [122] diputado electo, el rey ungido, coronado, establecido desde hace años, ¿será juzgado por la boca de un súbdito y de un inferior sin hallarse él mismo presente? ¡Oh, Dios, impedid que en un país cristiano las almas civilizadas cometan una acción tan negra, tan inmoral y odiosa! Hablo a súbditos y hablo como un súbdito inspirado por Dios para tomar osadamente el partido de su rey. Milord de Hereford, aquí presente, a quien llamáis rey, es un traidor infame al rey del altanero Hereford. Si le coronáis, escuchad mi profecía: la sangre de los ingleses fertilizará la tierra, y los siglos futuros clamarán por este acto indigno; la paz dormirá entre turcos a infieles, y en este reino, asilo de la paz, las guerras tumultuosas asolarán aliados contra aliados y parientes contra parientes; el desorden, el horror, el terror, la revuelta reinarán aquí, y esta tierra será denominada campo del Gólgota y cráneo de los muertos. ¡Oh! Si concitáis esta casa contra esta casa, esto acto engendrará la más desastrosa división que haya caído sobre esta maldita tierra. Prevenid esto, resistidlo, no permitáis que suceda, no sea que vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos griten contra vosotros: «¡Dolor!»

NORTHUMBERLAND.- Habéis, argumentado bien, sir, y por vuestras molestias os arrestamos aquí por crimen de alta traición. Milord de Westminster, encargaos de tenerle bien guardado hasta el día de su proceso. [123] ¿Os placera, milord, acceder a la demanda de los comunes?

BOLINGBROKE.- Conducid aquí a Ricardo, para que pueda abdicar en presencia de todo el mundo; procediendo así, no daremos lugar a la sospecha.

YORK.- Yo seré su introductor.

(Sale.)

BOLINGBROKE.- Lores que os halláis aquí por detención nuestra, dad vuestras garantías de que os presentaréis en el día fijado. (A CARLISLE.) Poco debemos a vuestro afecto, y menos aun contamos con vuestro concurso.

Vuelve a entrar YORK con el REY RICARDO.- y Oficiales llevando la corona, etc.

REY RICARDO.- ¡Ay! ¿Por qué me veo obligado a comparecer ante un rey antes de haber sacudido los pensamientos reales por los cuales reinaba? Apenas he aprendido a insinuarme, adular, inclinarme y doblar mis miembros. Dad tiempo al pesar para instruirme en esta sumisión. No obstante, recuerdo bien los trazos de estos hombres. ¿No me pertenecían? [124] ¿No solían gritar saludándome: «¡Salve!»? Así hacía Judas con Cristo. Pero Él, entre doce hombres no encontró mas que uno falso; yo, entre doce mil no hallo uno solo fiel. ¡Dios salve al rey! ¿Nadie contestará «Amén»? ¿Debo ser a la vez sacerdote y acólito? Pues bien: amén. ¡Dios salve al rey, aunque ya no lo sea! Y, sin embargo, amén, si el Cielo piensa que lo soy aún. ¿Para qué servicio se me envía a buscar?

YORK.- Para cumplir de buen grado lo que las fatigas de la majestad te han hecho ofrecer: la resignación de tu potestad y de tu corona en Enrique Bolingbroke.

REY RICARDO.- Dadme la corona. Tomadla aquí, primo; de este lado, mi mano, y de este otro, la vuestra. Esta corona de oro semeja ahora un pozo profundo en el cual se llenan dos recipientes alternativamente: en alto, bailando siempre en el aire, el que está vacío; el otro, abajo, invisible y henchido de agua: yo soy el recipiente que se halla abajo, colmado de lágrimas; bebo mis dolores, mientras vos ascendéis en alto.

BOLINGBROKE.- Creía que resignabais voluntariamente la corona.

REY RICARDO.- Mi corona, sí; mas mis dolores son siempre míos. [125] Podéis despojarme de mi poder y de mis dignidades, pero no de mis dolores; de ellos siempre soy rey.

BOLINGBROKE.- Con vuestra corona me legáis una parte de vuestras cuitas.

REY RICARDO.- Vuestras cuitas, al acrecentarse, no disminuyen las mías. Mi cuita es la pérdida de la cuita operada por mi antigua cuita. Vuestra cuita es la ganancia de la cuita ganada por una nueva cuita. Las cuitas que doy las conservo aunque las dé; siguen a la corona. Y, sin embargo, permanecen conmigo.

BOLINGBROKE.- ¿Consentís en renunciar a la corona?

REY RICARDO.- Sí, no; no, sí, pues no debo ser nada; y, sin embargo, no, no, pues la renuncio en tí. Considera ahora cómo me destruyo a mí mismo: retiro de mi cabeza este peso abrumador, de mi mano este cetro incómodo, de mi corazón este orgullo real; lavo el óleo que me ha consagrado con mis propias lágrimas; entrego mi corona con mis propias manos; anulo mi poder sagrado con mi propia lengua; aviento con mi propio hálito todos los juramentos de obediencia; abjuro toda pompa y toda majestad; abandono mis dominios,



mis rentas, mis bienes; [126] niego mis actos, mis decretos, mis estatutos. ¡Dios perdone todas las violaciones de votos hechos ante mí! ¡Dios conserve enteros los juramentos que se te prestan! Que a mí, que nada tengo, no me aflija en nada, y que a ti, que has adquirido todo, te dé en todo contento. Que vivas largo tiempo sobre el trono de Ricardo, y que Ricardo halle pronto en la tierra un lecho tranquilo. ¡Dios salve al rey Enrique, dice el desposeído Ricardo, y le envíe muchos años llenos de días de prosperidad! ¿Qué resta aún?

NORTHUMBERLAND.- (Presentándole un papel.) Nada sino que leáis estas acusaciones y estos odiosos crímenes cometidos por vuestra persona y por vuestros favoritos contra el Estado o intereses del reino, para que, por vuestra confesión, las conciencias puedan juzgar que habéis sido justamente destronado.

REY RICARDO.- ¿Debo hacer tal? ¿Y debo desenredar yo mismo la trama de mis pasadas locuras? Noble Northumberland, si tus ofensas estuviesen escritas, ¿no te llenaría de confusión leerlas ante tan escogida asamblea? Si te vieras obligado a ello, hallarías en ese registro de tus ofensas un artículo abominable, el que contiene la deposición de un rey y la laceración de un juramento fuertemente empeñado, artículo marcado con una mancha y condenado en el libro del Cielo. Sí, y todos los que aquí os [127] halláis, que tenéis fijadas en mí vuestras miradas mientras me debato en mi miseria, aunque haya algunos que, como Pilatos, se laven las manos y me muestren un semblante de piedad, no obstante vosotros, Pilatos, me habéis entregado aquí a mi cruz de dolor, y el agua no lavará vuestro pecado.

NORTHUMBERLAND.- Milord, despachad; leed estos artículos.

REY RICARDO.- Mis ojos están llenos de lágrimas, no puedo mirar. Y, con todo, el agua salada no los ciega hasta el punto de no ver aquí una banda de traidores. Pues, si los vuelvo sobre mí mismo, hallo que no soy menos traidor que los demás, por haber dado aquí el consentimiento de mi alma para despojar de su pompa el cuerpo de un rey; porque he envilecido la gloria, he hecho de la soberanía una esclava, de la orgullosa majestad una sierva y del poder un campesino.

NORTHUMBERLAND.- Mi señor...

REY RICARDO.- Yo no soy tu señor, hombre insolente y altanero, ni el señor de nadie. Yo no tengo nombre, ni título, no, ni aun aquel que me dieron en las fuentes bautismales, sino que ha sido usurpado. ¡Ay, día de aflicción! ¡Que hayan transcurrido tantos inviernos [128] y no saber ahora con qué nombre llamarme! ¡Oh! ¡Que no fuerza un irrisorio rey de nieve, expuesto como estoy al sol de Bolingbroke, para fundirme en gotas de agua! Buen rey, gran rey -que, sin embargo, no eres grandemente bueno-, si mi palabra posee todavía algún valor en Inglaterra, ordena que me traigan inmediatamente un espejo para ver qué cara tengo desde que está en quiebra de su majestad.

BOLINGBROKE.- Salga uno de vosotros y traiga un espejo.

(Sale uno del séquito.)

NORTHUMBERLAND.- Leed este papel mientras viene el espejo.

REY RICARDO.- ¡Demonio! Me atormentas antes de llegar al infierno.

BOLINGBROKE.- No insistáis más, milord Northumberland.

NORTHUMBERLAND.- Entonces no quedarán satisfechos los comunes.

REY RICARDO.- Quedarán satisfechos. Leeré lo bastante cuando [129] contemple el verdadero libro en que están escritos mis pecados y que soy yo mismo. (Vuelve a entrar el del séquito con un espejo.) Dadme ese cristal, y leeré en él. ¿No son más profundas mis arrugas? ¿El dolor ha golpeado tantas veces mi rostro y no me ha causado heridas más hondas? ¡Oh espejo adulator! Me engañas, semejante a mis favoritos en la prosperidad. ¿Este rostro fue aquel rostro que albergaba cada día diez mil hombres bajo su techo doméstico? ¿Este rostro fue aquel que, parecido al sol, cegaba a cuantos lo contemplaban? ¿Este fue aquel rostro que arrostró tantas locuras y que al final ha sido arrostrado por Bolingbroke? Una gloria frágil brilla sobre este rostro tan frágil como la gloria del espejo. (Rompiendo el espejo contra el suelo.) ¡Helo ahí, roto en cien pedazos! Advierte, rey silencioso, la moraleja de este caso: cuán pronto mi dolor ha destruido mi semblante.

BOLINGBROKE.- La sombra de vuestro pesar ha destruido la sombra de vuestro semblante.

REY RICARDO.- ¡Repítelo! ¡La sombra de mi pesar! ¡Ah! Veamos: es cierto, mi pena es interior, y esas formas exteriores del pesar son simplemente sombras de una pena invisible que penetran en silencio en el alma atormentada. Allí radica la esencia; y te agradezco, rey, que, en tu gran bondad, me hayas dado no [130] sólo una causa para afligirme, sino que me hayas enseñado el modo de deplorar esta causa. Voy a pedir os un favor, y me iré en seguida y no os importunaré más. ¿Lo obtendré?

BOLINGBROKE.- Nómbralo, querido primo.

REY RICARDO.- ¡Querido primo! Ya soy más grande que un rey, pues cuando era rey mis aduladores eran tan sólo súbditos; ahora que soy un súbdito tengo un rey aquí por adulator. ¡Pues que soy tan grande no necesito mendigar!

BOLINGBROKE.- Pide, sin embargo.

REY RICARDO.- ¿Y lo conseguiré?

BOLINGBROKE.- Lo conseguirás.

REY RICARDO.- Pues dadme permiso para irme.

BOLINGBROKE.- ¿Adónde? [131]

REY RICARDO.- Adonde queráis, con tal que sea lejos de vuestras miradas.

BOLINGBROKE.- Andad, conducidle alguno de vosotros a la Torre.

REY RICARDO.- ¡Oh Dios! ¿Conducirme? Todos sois unos conductores, que rápidamente os habéis elevado por la caída de un rey legítimo.

(Salen el REY RICARDO.- y una guarda.)

BOLINGBROKE.- El miércoles próximo será nuestra solemne coronación. Preparaos, lores.

(Salen todos, excepto el OBISPO DE CARLISLE, el ABAD DE WÉSTMINSTER y AUMERLE.)

EL ABAD.- Acabamos de contemplar un doloroso espectáculo.

EL OBISPO.- La desgracia está próxima. Los hijos aun por nacer sentirán que este día los punce como espinas. [132]

AUMERLE.- Venerables clérigos, ¿no habría modo de librar al reino de esta perniciosa ignominia?

EL ABAD.- Milord, antes que os abra libremente mi pensamiento, no sólo prestaréis juramento como garantía de que guardaréis mi secreto, sino que prometeréis cumplir el plan entero que os exponga. Miro vuestras frentes llenas de descontento, vuestros corazones de pesar y vuestros ojos de lágrimas. Venid a comer conmigo; yo os confiaré un proyecto que nos mostrará a todos un alegre porvenir.

(Salen.) [133]

Acto quinto

Escena I

Londres-Una calle que conduce a la Torre.

Entran la REINA y DAMAS.

LA REINA.- El rey vendrá por este lado; es el camino que conduce a la Torre fatal de Julio César, en cuyos costados de piedra mi destituido señor deberá constituirse prisionero por el orgulloso Bolingbroke. Descansemos aquí si esta tierra rebelde guarda algún sitio de reposo para la esposa de un rey legítimo. (Entra el REY RICARDO.- bajo escolta.) Pero ¡silencio! ¡Mirad tan sólo, o más bien no miréis mi bella rosa marchita! Alzad, sin embargo, los ojos; contempladla, para que la compasión os disuelva en rocío y lavéis nuevamente su frescura con lágrimas de un sincero amor. ¡Ah! ¡Tú, imagen del lugar donde fue la antigua Troya; efigie del honor, tumba del rey Ricardo y no rey Ricardo; tú, bellísima hostería, ¿por qué ha de alojarse en ti el triste pesar, [134] cuando el triunfo se ha convertido en convidado de taberna?!

REY RICARDO.- No te alíes con el pesar, mi bella esposa, ni te unas con él si no quieres que mi fin sea demasiado rápido. Aprende, alma querida, a mirar nuestra primera condición como un sueño feliz, de que hemos despertado, y que sólo esto nos muestra la realidad de lo que somos. Soy, amor mío, el hermano inseparable de la dura Necesidad, y ella y yo estaremos unidos hasta la muerte. Vete a Francia y encláustrate en alguna casa religiosa. Necesitamos conquistar por nuestras existencias santas la corona de un nuevo mundo, ya que nuestras horas profanas nos han arrebatado la de éste.

LA REINA.- ¡Cómo! ¿Mi Ricardo se ha transformado a la vez de cuerpo y debilitado de espíritu? ¿Bolingbroke ha destronado tu inteligencia? ¿Ha llegado hasta tu corazón? El león moribundo alarga su garra y, si no puede herir otra cosa, hiere al menos la tierra, en su cólera de verso dominado, y tú, como un escolar, ¿soportarás pacientemente tu corrección, besarás el palo y acariciarás el ultraje con baja humildad, siendo un león y un rey de las fieras?

REY RICARDO.- Sí; rey de las fieras en verdad; si no hubiera gobernado sino a fieras, reinaría aún felizmente [135] sobre hombres. ¡Oh amada mía, apenas aun reina, prepárate a salir de seguida para Francia! Piensa que estoy muerto y que recibes aquí de mí, como de mi lecho de muerte, mi último adiós en este mundo. En las tediosas veladas de invierno, siéntate junto al hogar con personas respetables y queridas, hazles que te cuenten relatos de tiempos de infortunio, de épocas ya transcurridas, y antes de desearles una buena noche, para devolverles el placer doloroso que te habrán proporcionado, cuéntales mi historia

lamentable y envía a tus oyentes llorando a sus lechos. Porque los tizones insensibles simpatizarán con los apesadados acentos de tu movible lengua y hallarán lágrimas para extinguir el fuego por compasión. Y algunos llevarán luto en sus cenizas, otros se revestirán de carbón, en señal de duelo por la deposición de un rey legítimo.

(Entra NORTHUMBERLAND con séquito.)

NORTHUMBERLAND.- Milord, Bolingbroke ha cambiado de parecer. Es a Pomfret y no a la Torre donde debéis ir. Cuanto a vos, señora, hay orden expresa que os concierne; con toda rapidez debéis marchar a Francia.

REY RICARDO.- Northumberland, escala por la cual el encaramado Bolingbroke sube a mi trono, el tiempo no envejecerá en muchas horas antes que tu innoble [136] crimen, llegando a su madurez, no se vierta en humor purulento. Acabarás por creer que aunque él dividiera el reino y te otorgara la mitad, sería demasiado poco para haberle ayudado a conquistar el todo; él, de su parte, pensará que tú, que sabes el medio de implantar reyes legítimos, descubrirás, sin que haya necesidad de ayudarte mucho para ello, otro medio para derribarle de su trono usurpado. La afección de los amigos perversos se convierte en miedo; el miedo, en odio, y éste conduce a uno de ellos o a ambos juntos a un peligro que les es debido y a una merecida muerte.

NORTHUMBERLAND.- Que mi culpa repercuta en mi cabeza y terminemos. Despedíos y separaos; es preciso partir cuanto antes.

REY RICARDO.- ¡Doblemente divorciado! Hombres malévolos, violáis un doble matrimonio: el matrimonio entre mi corona y yo y el matrimonio entre yo y mi esposa. ¡Dejadme borrar con un beso el juramento que nos ha unido a ti y a mí; y, sin embargo, no, pues con un beso fue consagrado! Sepáranos, Northumberland: yo voy hacia el Norte, donde el clima languidece bajo el frío penetrante y la enfermedad: mi esposa, a Francia, de donde vino festejada con gran pompa, adornada como un dulce mayo, y a donde se la devuelve como un día de Todos los Santos, el más breve de todos los del año. [137]

LA REINA.- ¿Y debemos separarnos? ¿Debemos partir?

REY RICARDO.- Sí, amor mío, mano enlazada en mano y corazón en corazón.

LA REINA.- ¡Desterradnos juntos, y enviad al rey conmigo!

NORTHUMBERLAND.- Ese sería caritativo, pero poco político.

LA REINA.- Entonces, dejadme ir donde él va.

REY RICARDO.- Los dos así, llorando juntos, no haríamos sino una misma armonía de dolor. ¡Llora por mí en Francia, yo te lloraré aquí! Más vale estar lejos que hallarse cerca uno de otro sin acercarse a una mutua felicidad. Ve, cuenta tu ruta con suspiros, yo contaré la mía con lamentos.

LA REINA.- Así, el que tenga más largo el camino gemirá con mayor extensión.

REY RICARDO.- Como el camino es corto, lanzaré dos suspiros [138] por cada paso y retardaré el viaje con el peso de las penas de mi corazón. Ven, ven; abreviemos los esponsales de nuestros dolores, ya que su coyunda debe prolongarse tanto tiempo en el pesar. Que un beso cierre nuestras bocas, y separémonos silenciosamente. ¡Así te doy mi corazón y tomo el tuyo!

(Se besan.)

LA REINA.- ¡Devuélvemelo de nuevo! ¡Triste cambio será tomar tu corazón para guardarlo, y darle muerte! (Se besan de nuevo.) ¡Así! Ahora que he recuperado el mío, parto. ¡Que pueda esforzarme en matarle con un sollozo!

REY RICARDO.- Amenizamos el sentimiento con estas dilaciones. ¡Una vez más, adiós! Que el dolor diga el resto.

(Salen.)

## Escena II

El mismo lugar. -Habitación en el palacio del duque de York.

Entran el Duque y la DUQUESA DE YORK.

LA DUQUESA.- Milord, cuando los lloros han interrumpido vuestro relato me habéis dicho que acabaríais de [139] contarme la llegada de nuestros dos primos a Londres.

YORK.- En dónde me quedé.

LA DUQUESA.- En aquel triste episodio, milord, cuando manos groseras y rebeldes arrojaban desde las ventanas polvo y basuras sobre la cabeza de Ricardo.

YORK.- Entonces, como os decía, el duque, el gran Bolingbroke, montado sobre un ardiente e impetuoso corcel, que parecía conocer a su ambicioso jinete, y del cual moderaba la marcha, avanzó a paso lento pero majestuoso, mientras gritaban todas las bocas: «Dios te salve, Bolingbroke.» Hubieseis creído que las ventanas mismas hablaban, tan grande número había de cabezas jóvenes y viejas que se agolpaban con apresuramiento a las aberturas, deseosas de ver su rostro, y que todas las paredes, con pintados dibujos de tapicería, de que se hallaban cubiertas, decían a la vez: «¡Jesús te proteja!», «sé bien venido, Bolingbroke», mientras él, volviéndose a uno y otro lado, descubierta la cabeza, más baja que el cuello de su orgulloso caballo, respondía de este modo: «Os lo agradezco, compatriotas», y así haciendo, proseguía así su marcha. [140]

LA DUQUESA.- ¡Ay, pobre Ricardo! ¿Qué figura hacía mientras?

YORK.- Igual que en un teatro, después que un actor predilecto ha abandonado la escena, los espectadores fijan sus ojos indiferentes en el que le sigue, pensando que su charla resultará enojosa, así, y con más desprecio todavía, los ojos de la muchedumbre se fijaron insolentemente sobre Ricardo; ninguno exclamó: «¡Dios le salve!», ni lengua alegre le dio la bienvenida, sino que arrojaban polvo sobre su sagrada cabeza, que sacudía con tan resignado gesto de pesar y cuyo rostro distribuía de tal manera entre las sonrisas y las lágrimas, signos de su dolor y de su resignación, que si Dios, por algún poderoso motivo oculto, no hubiera revestido de acero el corazón de los humanos, forzosamente habrían estallado ante un espectáculo semejante, y la barbarie misma hubiese tenido piedad de él. Pero el Cielo ha puesto la mano en estos acontecimientos y debemos someternos a su potente voluntad. Ahora somos los súbditos jurados de Bolingbroke, cuyo honor y poder por siempre reconozco.

LA DUQUESA.- Aquí llega mi hijo Aumerle.

YORK.- El que era Aumerle, pero que se ha perdido por [141] ser amigo del rey Ricardo, y que al presente debéis llamarlo Rutland, señora. He comprometido por él mi palabra en el Parlamento de que su obediencia y su leal sumisión hacia el nuevo rey serán inalterables.

Entra AUMERLE.

LA DUQUESA.- Bien venido seáis, hijo mío. ¿Cuáles son las violetas que esmaltan ahora el seno del verde prado de esta nueva primavera?

AUMERLE.- No lo sé, señora, ni de ello me cuido grandemente. Dios sabe lo poco que me importa ser o no una de ellas.

YORK.- Bueno; comportaos bien en esta nueva primavera del tiempo si no queréis que os arranquen antes de sazón. ¿Qué noticias de Oxford? ¿Prosiguen las justas y fiestas?

AUMERLE.- Por lo que sé, milord, continúan.

YORK.- Iréis, según creo.

AUMERLE.- Así me lo propongo, si Dios no me lo impide. [142]

YORK.- ¿Qué sello es ése que sale de tu pecho? ¡Cómo! ¡Palideces? Déjame ver ese escrito. [143]

AUMERLE.- Milord, no es nada.

YORK.- Poco importa entonces que lo vea; quiero quedar satisfecho; déjame ver el escrito.

AUMERLE.- Ruego a Vuestra Gracia que me perdone; es un asunto de poca importancia que, por ciertas razones, quisiera no dejar ver.

YORK.- Y que yo, por otras razones, pretendo ver, señor. Temo, temo...

LA DUQUESA.- ¿Qué podéis temer? No es sino cierto compromiso contraído para un vistoso traje, el día de la fiesta.

YORK.- ¡Compromiso propio! ¿Cómo tiene sobre él un compromiso suscrito a otro? Esposa, eres una boba. Muchacho, permitidme ver ese escrito.

AUMERLE.- Perdonadme os suplico; no puedo mostrároslo.

YORK.- Quiero ser satisfecho; enseñádmelo, digo.

(Se lo arrebató y lo lee.)

¡Traición! ¡Horrible traición! ¡Villano! ¡Traidor! ¡Miserable!

LA DUQUESA.- ¿Qué es eso, milord?

YORK.- ¡Eh! ¿Quién hay ahí dentro?

Entra un CRIADO.

YORK.- ¡Ensillad mi caballo!. ¡Dios nos dé su merced! ¡Qué traición ronda!

LA DUQUESA.- Pero ¿qué os lo que pasa, milord?



YORK.- ¡Dadme mis botas, digo! Ensillad mi caballo. ¡Por mi honor, por mi vida, por mi fe, yo denunciaré al villano!

(Sale el CRIADO.) [144]

LA DUQUESA.- ¿Qué es lo que sucede?

YORK.- ¡Silencio, mujer insensata!

LA DUQUESA.- No quiero callarme. ¿Qué significa esto, Aumerle?

AUMERLE.- Buena madre, tranquilizaos; no hay más de lo que deba responder con mi pobre vida.

LA DUQUESA.- ¿Responder con tu vida?

YORK.- Vengan las botas. Voy en busca del rey.

(Vuelve a entrar el CRIADO con las botas.)

LA DUQUESA.- ¡Pégale, Aumerle! Pobre muchacho, estás asustado. (Al CRIADO.) ¡Fuera, villano! ¡No vuelvas a presentarte más ante mi vista!

YORK.- Trae mis botas, digo. [145]

LA DUQUESA.- ¿Qué es eso, York? ¿Qué vas a hacer? ¿No ocultarás la transgresión de tu propia sangre? ¿Tenemos otros hijos o somos capaces de tenerlos? ¿Es que el tiempo no ha agotado mi fecundidad? ¿Y quieres arrancar a mi vejez mi bello hijo y robarme el nombre dichoso de madre? ¿No se te parece? ¿No es tuyo propio?

YORK.- Loca e insensata mujer, ¿quieres dejar oculta esta negra conspiración? Son una docena, que han hecho juramento y se han comprometido recíprocamente por vínculo de sus manos a matar al rey en Oxford.

LA DUQUESA.- No será él; lo guardaremos aquí. Luego, ¿qué podría perjudicarle?

YORK.- ¡Atrás, mujer demente! Le denunciaré, así fuera él veinte veces hijo mío.

LA DUQUESA.- Si te hubiera costado los mismos gemidos que a mí, serías más piadoso. Pero ahora veo tu pensamiento: sospechas que he sido desleal a tu tálamo y que es un bastardo y no un hijo tuyo. Dulce York, dulce esposo, no abrigues esa idea. Es

semejante [146] a ti en cuanto puede serlo un hombre; no se parece a mí ni a ninguno de mi estirpe, y, sin embargo, le amo.

YORK.- ¡Déjame pasar, esposa indócil!

(Sale.)

LA DUQUESA.- ¡Síguele, Aumerle! Monta en su caballo, no des paz a la espuela, corre a toda prisa y llega primero al rey y solicita tu perdón antes que él te acuse. Yo me quedaré muy atrás; aunque soy vieja, estoy segura de que podré galopar con tanta rapidez como York, y no me levantaré del suelo hasta que Bolingbroke te haya perdonado. ¡Adelante! ¡Partamos!

### Escena III

Windsor. -Sala en el castillo.

Entran BOLINGBROKE, como rey, -ENRIQUE PERCI y otros lores.

BOLINGBROKE.- ¿Nadie puede darme noticias de mi libertino hijo? Han pasado ya tres meses desde que lo vi por última vez. Si alguna maldición nos amenaza es él. [147] Quiera Dios, milores, que pueda hallársele. Haced pesquisas en Londres, entre las tabernas, pues allí se susurra que las frecuenta diariamente con compañeros sin freno ni costumbres, asociado, dicen, a esas gentes que se emboscan en las encrucijadas estrechas, baten nuestra guardia y roban a los transeúntes. Mientras él, joven frívolo y afeminado muchacho, hace cuestión de honor sostener una banda tan disoluta.

ENRIQUE PERCY.- Milord, he visto hace dos días al príncipe y le he informado de las fiestas celebradas en Oxford.

BOLINGBROKE.- ¿Y qué dijo el galán?

ENRIQUE PERCY.- Su contestación fue que iría a la casa de lenocinio, cogería el guante a una de las muchachas más públicas, lo llevaría como una prenda amorosa y que con aquel trofeo desarzonaría al más robusto justador.

BOLINGBROKE.- ¡Tan disoluto como desvergonzado! No obstante, aunque tal, diviso algunos destellos de una esperanza mejor, que la madurez de los años podrá tal vez realizar. Mas ¿quién viene? [148]

Entra AUMERLE.

AUMERLE.- ¿Dónde está el rey?

BOLINGBROKE.- ¿Qué le pasa a nuestro primo, que mira tan fijamente y con ojos tan extraviados?

AUMERLE.- ¡Dios salve a Vuestra Gracia! Suplico a Vuestra Majestad me conceda un instante de conferencia a solas con Vuestra Gracia.

BOLINGBROKE.- Retiraos y dejadnos solos aquí. (Salen ENRIQUE PERCY y los lores.) ¿Qué es lo que tiene ahora que decir nuestro primo?

AUMERLE.- (Arrodillándose.) Que mis rodillas arraiguen en tierra, que mi lengua se me pegue al paladar dentro de la boca, a menos que sea perdonado antes de levantarme o de hablar.

BOLINGBROKE.- ¿Se ha quedado esta falta en la intención o ha sido cometida? Si lo primero, por odiosa que sea, te la perdono para conquistar tu futura adhesión. [149]

AUMERLE.- Entonces dame permiso para echar la llave, para que nadie entre hasta que termine mi relato.

BOLINGBROKE.- Realiza tu deseo.

(AUMERLE cierra la puerta.)

YORK.- (Dentro.) ¡Mi soberano! ¡Cuidado! ¡Mira por ti! ¡Tienes en tu presencia un traidor!

BOLINGBROKE.- (Desenvainando.) ¡Villano, me garantizaré contra ti!

AUMERLE.- Detén tu mano vengadora; no tienes motivo para temer.

YORK.- (Dentro.) ¡Abre la puerta, confiado, temerario rey! ¿Obligarás a mi afecto a que te hable en tu cara de traición? ¡Abre la puerta o la derribaré!

(BOLINGBROKE abre la puerta y después vuelve a cerrarla.) [150]

Entra YORK

BOLINGBROKE.- ¿Qué sucede, tío? Hablad; tomad aliento; decidnos a qué distancia de nuestra persona se halla el peligro para que podamos armarnos y salir a su encuentro.

YORK.- Revisa este escrito que ves y conocerás la traición que mi apresuramiento me impide contar.

AUMERLE.- Recuerda, al leerlo, tu promesa precedente: me arrepiento; no leas ahí mi nombre; mi corazón no se ha confederado con mi mano.

YORK.- Se confederó, miserable, antes de poner aquí tu nombre. Arranqué ese papel del pecho del traidor, rey. El temor y no la afección dicta su arrepentimiento; olvida toda piedad con él, no sea que tu piedad se transforme en una serpiente que te pique en el corazón.

BOLINGBROKE.- ¡Oh odiosa, tremenda y atrevida conspiración! ¡Oh padre leal de un hijo traidor! ¡Fuente de aguas puras, inmaculadas, blancas como la plata, de donde nace este arroyo que sale atravesando terrenos de fango, mancillando su curso y mancillándose a sí [151] mismo! Tu exceso de bien se convierte en mal, y la abundancia de tus virtudes excusará esta mancha mortal en tu extraviado hijo.

YORK.- Así, mi virtud será la mediadora de sus vicios y su vergüenza gastará mi honor, como los hijos pródigos derrochan el oro de sus padres avaros. Mi honor vive cuando su deshonor muere, o la vergüenza de mi vida reside en su deshonor. Me matas con su vida; dándole alientos, vive el traidor y muere el hombre leal.

LA DUQUESA.- (Dentro.) ¡Hola, eh, mi soberano! ¡Por el amor de Dios, dejadme entrar!

BOLINGBROKE.- ¿Qué suplicante de alterada voz lanza esos dos gritos?

LA DUQUESA.- Una mujer, y tía tuya, gran rey; soy yo. Habla conmigo; ten piedad de mí; abre la puerta; la que te mendiga es una mendicante que no ha mendigado antes.

BOLINGBROKE.- Nuestra escena ha cambiado del aspecto serio que tenía y se ha convertido ahora en «La mendiga [152] y el rey.» Peligroso primo, haced entrar a vuestra madre; viene a suplicar por vuestro odioso pecado.

(AUMERLE va a abrir la puerta.)

YORK.- Quienquiera que sea la persona que te suplica, si perdonas, esta clemencia hará prosperar nuevos crímenes. Una vez que se corte ese miembro corrompido, los otros miembros permanecerán sanos; dejado éste, corromperá todo el resto.

Entra LA DUQUESA

LA DUQUESA.- ¡Oh, rey, no creas a este hombre de insensible corazón! El que no se ama a sí mismo no puede amar a nadie.

YORK.- Insensata mujer, ¿qué vienes a hacer aquí? ¿Tu viejo seno quiere todavía nutrir a un traidor?

LA DUQUESA.- Mi dulce York, ten calma. (Se arrodilla.) Escuchadme, mi noble soberano.

BOLINGBROKE.- Levantaos, mi buena tía. [153]

LA DUQUESA.- No, todavía no, te lo suplico, pues caminaré siempre sobre mis rodillas y no tendré ningún día venturoso hasta que me concedas la felicidad, perdonando a Rutland, mi hijo culpable.

AUMERLE.- (Arrodillándose.) Junto mis genuflexiones a las súplicas de mi madre.

YORK.- (Postrándose.) Opongo a las súplicas de ambos mis genuflexiones leales. ¡Mal podrás prosperar si concedes la gracia!

LA DUQUESA.- ¿Habla seriamente? Contemplad su rostro; sus ojos no vierten lágrimas; sus palabras vienen tan sólo de su boca; pero las nuestras proceden del corazón. No ruega sino débilmente, y su deseo sería ser rechazado; nosotros os rogamos con el corazón, con el alma y con todo; sus rodillas, segura estoy de ello, quisieran abandonar su fatigosa actitud: las nuestras permanecerán dobladas hasta que arraiguen en tierra; sus plegarias están llenas de mentirosa hipocresía; las nuestras, colmadas de celo sincero y de profunda integridad. Nuestros ruegos sobrepujan el valor de los suyos; otorgadles, pues, esta clemencia que las verdaderas súplicas deben obtener. [154]

BOLINGBROKE.- Levantaos, mi buena tía.

LA DUQUESA.- No, no digáis «levantaos», sino decid antes «perdono», y después, «levantaos». ¡Oh! Si fuera tu nodriza, si estuviera encargada de enseñarte a hablar, la primera palabra que saliese de mis labios sería la de «perdón». Jamás he sabido hasta este momento lo que era el deseo de oír una palabra. Rey, dí «perdono»; que la piedad te enseñe a decirlo; la palabra es corta, pero es aún más dulce que corta; ningún término conviene tanto a los labios de los reyes como el de perdón.

YORK.- Rey, pronunciad la palabra en francés; decid: pardonnez-moi.

LA DUQUESA.- ¿Enseñas al perdón a destruir el perdón? ¡Ah agrio esposo! ¡Señor insensible, pones la palabra en guerra con la palabra! Pronuncia ese vocablo «perdón» con el sentido que tiene en nuestro país; no comprendemos las sutilezas de ese francés. Tus ojos comienzan a hablar ya; que tu lengua continúe, o, si prefieres, haz que tus oídos desciendan a tu corazón piadoso, a fin de que, escuchando [155] cómo lo taladran nuestras querellas y ruegos, la misericordia te impulse a repetir esa palabra «perdón».

BOLINGBROKE.- Mi buena tía, levantaos.

LA DUQUESA.- Yo no solicito que me hagas levantar; el perdón es la única instancia que te presento.

BOLINGBROKE.- Lo perdono para que Dios me perdone.

LA DUQUESA.- ¡Oh resultado feliz de una genuflexión! Sin embargo, tiemblo aún de miedo: repítelo; decir dos veces perdono no es perdonar dos veces, sino hacer más eficaz un solo perdón.

BOLINGBROKE.- Con todo mi corazón le perdono.

LA DUQUESA.- ¡Eres un Dios sobre la tierra!

BOLINGBROKE.- Mas en cuanto a nuestro digno cuñado y al abad, con los demás miembros de esta banda de conspiradores, [156] la destrucción les ladra en los talones. Mi buen tío, enviad algunos destacamentos a Oxford o a donde se encuentren esos traidores. No vivirán en este mundo, lo juro, y pondré la mano sobre ellos si puedo descubrir dónde se hallan. Tío, adiós, y vos, primo, adiós también; vuestra madre ha suplicado eficazmente; mostraos leal.

LA DUQUESA.- Vamos, mi viejo hijo, ruego a Dios que te renueve.

(Sale.)

Escena IV

Windsor. -Otra sala en el castillo.

Entran EXTON y un CRIADO.

EXTON.- ¿No has notado las palabras que ha pronunciado el rey? «¿No tendré un amigo que pueda librarme de este viviente miedo?» ¿No fue así?

CRIADO.- Esas fueron sus mismas palabras. [157]

EXTON.- «¿No tendré un amigo?», dijo: lo repitió dos veces, e insistió dos veces luego, ¿no?

CRIADO.- Sí.

EXTON.- Y al decirlo me miraba de una manera interrogativa, como si hubiera querido significar: «Quisiera que fueses tú el hombre que me librara de este terror de mi corazón», sobrentendiendo el rey que está en Pomfret. Ven, partamos; soy amigo del rey y le desembarazaré de su enemigo.

(Salen.)

Escena V

Pomfret. -El torreón del castillo.

Entra el REY RICARDO.

REY RICARDO.- Estoy ingeniándome cómo podría comparar esta prisión con el mundo; pero como el mundo es populoso y en la prisión no hay más criaturas que yo, no he podido salir bien de ello. No obstante, voy a intentar realizarlo. Compararé mi cerebro a la hembra [158] de mi espíritu y mi espíritu al varón de mi cerebro; ambos engendran una generación de pensamientos, que a su vez engendran a otros, y estos mismos pensamientos pueblan este minúsculo mundo, parecidos en verdad a las gentes que pueblan el mundo, pues ninguno se halla satisfecho. Los mejores, como los que se relacionan con las cosas divinas, están mezclados de escrúpulos y suscitan antagonismos con las palabras, como, por ejemplo: «Venid, vosotros los humildes», y todavía: «Es más difícil entrar que pasar un camello por el ojo de una aguja.» Los pensamientos cuyo objeto es la ambición proyectan milagros imposibles, como, por ejemplo, que estas vanas y débiles uñas me abriesen paso a través de los costados de piedra de este duro mundo, es decir, los ásperos muros de mi prisión, y como no pueden, mueren víctimas de su propio orgullo. Los pensamientos que recomiendan la resignación nos consuelan diciéndonos que no somos el primero de los cautivos de la fortuna y que no seremos el último, como esos mendigos imbéciles que, puestos en el cepo, se consuelan de su vergüenza pensando que otros muchos lo han soportado y lo soportarán, y en este pensamiento encuentran una especie de satisfacción con llevar su propio infortunio sobre la espalda de los que han sufrido el mismo trato. Así, yo, en una sola persona represento el papel de muchos actores, de los cuales ninguno hay contento. A veces soy rey; entonces la traición me hace desear ser un mendigo, y eso es lo que soy; mas poco a poco vengo a reflexionar [159] que he sido destronado por Bolingbroke, e inmediatamente ya no soy nada. Pero, quienquiera que sea, ni yo ni hombre alguno, si sólo es hombre, se verá satisfecho con nada hasta que sea reducido a nada. ¿Es música lo que oigo? (Música.) ¡Ah, ah! Medid bien el tiempo. ¡Qué desagradable es la dulce música cuando no se miden bien los tiempos y no se guarda el compás! Lo mismo ocurre en la música de la vida humana. Y aquí es mi oído lo bastante delicado para sorprender el tiempo suspendido sobre una cuerda mal afinada; pero no he tenido oídos para observar que mi tiempo se hallaba suspendido en la armonía que debía reinar entre mi poder y el tiempo. He abusado del tiempo, y ahora el tiempo abusa de mí, pues ahora el tiempo me ha tomado por el reloj que marca sus divisiones; mis pensamientos son los minutos, y mis suspiros son el tic-tac que marca la hora sobre mis ojos, cuadrante visible donde mi dedo, parecido a la aguja de un gnomon, se dirige siempre para enjugar mis lágrimas. Ahora, señor, los sonidos que indican la hora que es son los gemidos de dolor que golpean sobre mi corazón, que es la campana; de modo que los suspiros, las lágrimas y los lamentos marcan los minutos, los segundos, las horas; pero mi tiempo corre en posta en la orgullosa alegría de Bolingbroke, mientras estoy aquí haciendo el oficio insensato de Jaquemart de su reloj. Esta música me vuelve loco; que no toque más, pues aunque la música haya restablecido frecuentemente a los locos en su razón, me parece, por lo que siento, que podría [160] volver locos a los hombres cuerdos. ¡Sin embargo, bendito sea el corazón del que me la proporciona! Porque es una prueba de afecto, y el afecto para Ricardo es una joya de precio singular en este mundo, que odia por completo.

Entra un PALAFRENERO de establo.



PALAFRENERO.- ¡Salve, príncipe real!

REY RICARDO.- ¡Gracias, noble par! El mejor mercado de nosotros es diez groats demasiado caro. ¿Quién eres y cómo vienes aquí, adonde nadie se acerca, a excepción del sombrío perro de guardia que me trae el alimento para permitir que viva mi infortunio?

PALAFRENERO.- Yo era un pobre palafrenero de tus cuadras, rey, cuando reinabas; y viniendo de viaje a York, después de muchas dificultades, he obtenido al fin el permiso de poder contemplar el rostro del que fue mi real amo. ¡Oh! ¡Cómo sangraba mi corazón cuando contemplaba el día de la coronación a Bolingbroke montado sobre el roano Barbary, aquel caballo que con tanta frecuencia montabas, aquel caballo que yo domé tan cuidadosamente! [161]

REY RICARDO.- ¿Montaba a Barbary? Dime, gentil amigo, ¿qué aire ofrecía el caballo debajo de él?

PALAFRENERO.- Tan orgulloso, que parecía desdeñar la tierra.

REY RICARDO.- ¡Tan orgulloso de llevar en sus lomos a Bolingbroke! Ese rocín había comido el pan de mi real mano: esta mano fue la que con sus caricias le dio aquel orgullo. ¿No pudo haber dado un paso en falso? ¿No pudo arrojarlo al suelo -ya que el orgullo debe caer- y haber roto el esternón del hombre orgulloso que usurpaba su lomo? ¡Perdón, caballo mío! ¿Por qué hacerte reproches, ya que tú, creado para ser dominado por el hombre, has nacido para llevarlo? No fui yo hecho caballo, y a pesar de ello soporto mi carga como un asno, espoleado y rendido por el picador Bolingbroke.

Entra un ALCAIDE con un plato.

ALCAIDE.- (Al PALAFRENERO.) Camarada, deja sitio; aquí no puedes permanecer.

REY RICARDO.- Si me estimas, es hora de que te marches. [162]

PALAFRENERO.- Lo que no se atreve a decir mi lengua, mi corazón lo dirá.

(Sale.)

ALCAIDE.- Milord, ¿os agradecería comer?

REY RICARDO.- Prueba primero la comida, como tienes por costumbre.

ALCAIDE.- No me atrevo, milord. Sir Pierce de Exton, que ha venido recientemente de parte del rey, ordena lo contrario.

REY RICARDO.- ¡El diablo cargue con Enrique de Lancáster y contigo! ¡La paciencia es un rocín, y ya estoy cansado!

(Golpea al ALCAIDE.)

ALCAIDE.- ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Entra sir PIERCE DE EXTON y CRIADOS, armados.

REY RICARDO.- ¡Qué hay! ¿Qué quiere la muerte en este ataque brutal? ¡Miserable, tu propia mano blande el instrumento de tu muerte! (Arrancando un arma [163] y matando a uno.) ¡Anda, tú, y ocupa otra habitación en el infierno! (Mata a otro; entonces EXTON lo hiere, derribándole.) ¡Esa mano, que así apuñala mi persona, arderá en el fuego eterno! ¡Exton, tu mano criminal ha mancillado la tierra del rey con la propia sangre del rey! - ¡Asciende, asciende, alma mía! ¡Tu trono está en lo alto, mientras mi carne grosera desplómase abajo, aquí, para morir!...

(Muere.)

EXTON.- ¡Tan lleno de valor como de sangre real! Ambos he extinguido. ¡Oh! ¡Pluguiera al Cielo que fuese una acción justa! Porque ahora el diablo, que me decía que era una acción buena, me dice que queda registrada en el infierno. Voy a llevar el rey muerto al rey vivo; recoged los demás y dadles aquí sepultura.

(Salen.)

Escena VI

Windsor. -Habitación en el castillo.

Trompetería.- Entran BOLINGBROKE y YORK con LORES y acompañamiento.

BOLINGBROKE.- Mi amable tío York, las últimas noticias que hemos tenido es que los rebeldes han destruido por [164] el fuego nuestra ciudad de Cicester, en el condado de Glóster; mas si han sido aprisionados o muertos, lo ignoramos. (Entra NORTHUMBERLAND.) Bien venido, milord. ¿Qué noticias hay?

NORTHUMBERLAND.- Primero, deseo toda clase de venturas a tu poder sagrado. La noticia más reciente es que he remitido a Londres las cabezas de Salisbury, Spencer, Blunt y Kent. Los pormenores de su detención se hallan minuciosamente explicados en este papel.

(Presentándole un papel.)

BOLINGBROKE.- Te damos las gracias, gentil Percy, por tus molestias, y recompensaremos tu mérito en su justo valor.

Entra FITZWATER.

FITZWATER.- Milord, he enviado de Oxford a Londres las cabezas de Brocas y de sir Bennet Seely, dos de los peligrosos traidores asociados para tramar en Oxford tu ruina funesta.

BOLINGBROKE.- No olvidaré tus molestias, Fitzwater; nobilísimo es tu mérito, lo reconozco con satisfacción. [165]

Entra ENRIQUE PERCY con el OBISPO DE CARLISLE.

PERCY.- El gran conspirador, el abad de Westminster, agobiado con el peso de la conciencia y su negra melancolía, ha cedido su cuerpo a la tumba; pero aquí está vivo el obispo de Carlisle, esperando tu sentencia real y la condenación de su orgullo.

BOLINGBROKE.- Carlisle, he aquí mi sentencia: escoge algún lugar secreto, algún piadoso retiro distinto del que tienes, y entretén en él tu vida; así, visto que sea que vives en paz, muere libre de toda persecución, pues aunque siempre hayas sido mi enemigo, reconozco en ti brillantes rasgos de honor.

Entra EXTON, con escolta, llevando un féretro.

EXTON.- Gran rey, dentro de este féretro te presento tu temor enterrado. Aquí reposa, inanimado, el más poderoso y grande de tus enemigos: Ricardo de Bordeaux, traído aquí por mí.

BOLINGBROKE.- Exton, no te doy las gracias, pues con tu mano fatal has cometido una acción que recaerá sobre mi cabeza y sobre este glorioso país. [166]

EXTON.- Por vuestra propia boca, milord, he cometido este acto.

BOLINGBROKE.- Los que necesitan veneno no aman por ello el veneno, ni por lo mismo yo a ti. Aunque le desease muerto, odio al asesino y amo al asesinado. Recibe por tu trabajo los remordimientos de tu conciencia; pero nunca tendrás de mí una palabra buena ni un regio favor. Ve a errar con Caín a través de las sombras de la noche y no muestres jamás la cabeza al día ni a la luz. Lores: protesto que mi alma desborda de dolor con el rocío de esta sangre vertida para engrandecerme. Venid, llorad conmigo sobre el que deploro, y vestíos inmediatamente de luto. Yo haré un viaje a Tierra Santa para lavar de esta sangre mi culpable mano. Marchad con recogimiento tras mí y honrad mi duelo siguiendo con vuestras lágrimas este féretro intempestivo.

(Salen.)

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

